

MUSEO DE LAS FAMILIAS.



GLORIAS DE ESPAÑA.

LA RENDICION DE GRANADA.

I.

A fines del año de 1491, todos los magnates, todos los caudillos y las mejores tropas de la España cristiana se hallaban al frente de la famosa ciudad de Granada. Resueltos los Católicos reyes, don Fernando de Aragon y doña Isabel de Castilla, á espulsar á los moros de la península, apoderándose de la capital y último baluarte de su decaído imperio, habían hecho para conseguirlo los inauditos esfuerzos y sacrificios, en que nunca repara una voluntad enérgica á la que los obstáculos solo sirven de estímulo para vencerlos. Diez años iban ya de guerra cruel y asoladora, desde el aciago momento en que el rey moro osó insultar á los Católicos reyes en la persona de su embajador; desde que olvidado de los pactos se apoderó por sorpresa de Zahara, y en esta larga década diversos fueron los azares, y los trances de la guerra, y esclarecidas hazañas habían procurado renombre ilustre á los caudillos de uno y otro bando. Los cristianos vencedores en Alhama, en Baena, en Ronda y en Málaga, habían sufrido considerables reveses

23 de enero de 1846.

en otros puntos y habían dejado obstruidos con sus cadáveres los desfiladeros de las montañas de Málaga, atacados siempre de improviso por las intrépidas tropas de Al-Zagal. Pero por grandes, por funestos que fuesen los descalabros sufridos por los españoles cristianos, venían á ser insignificantes, atendido su posterior resultado y el que en esta militar palestra de la guerra de Granada se adiestraron los invencibles campeones que habían de hacer famoso el nombre español en toda la redondez de la tierra; los que habían de tremolar su victorioso estandarte en Francia y en Italia, en las arenas de Africa y en los remotos confines de América, y los que tan interesante asunto han proporcionado y proporcionarán, al que con entusiasmo se ha propuesto ser panegirista de sus GLORIAS.

La posición del ejército sitiador había mejorado notablemente en la fecha referida; dueño de todas las plazas fuertes que circundan á Granada y posesionado de los pasos de la montaña, podía amenazar con ruina tan segura como inmediata á los habitantes de aquella ciudad. Desde los tiempos del santo rey don Fernando, cuando reunió sus aguerridas huestes y sus mas célebres caudillos al rededor de los muros de Sevilla, no se había visto en España tanta y tan diversa multitud de gente de guerra como la que había puesto al frente de Granada el rey don Fernando el Católico.

Las tiendas de campaña en que se alojaba tanta muche-

TOMO IV. 4

dumbre, dispuestas en calles y con simetría, figuraban una estensa población. Las principales de estas tiendas estaban revestidas de telas vistosas y en su parte mas elevada tremolaban los blasones de aquellos orgullosos magnates á quienes solo el genio de Isabel habia sabido domar; aquellos nobles acostumbrados á combatir unos con otros y á servir de recelo á sus príncipes; pero que entónces, por un feliz conjunto de circunstancias, eran los auxiliares mas poderosos de sus soberanos. Ningunas entre aquellas opulentas tiendas eran tan vastas y grandiosas como las destinadas al servicio de la corte, en las que descollaba el magnifico pabellon de la reina Isabel, adornado al gusto oriental y en el que las caídas de los cortinages estaban sujetas en columnas de lanzas y trofeos militares.

II.

En hora avanzada de la noche, y cuando las estrellas difundian una débil claridad sobre el fantástico conjunto del campamento, se hallaba la reina Isabel arrodillada ante una imagen del rey de los reyes. Como que no se echaba de menos en aquella improvisada vivienda ninguna de las comodidades que se hallan en los regios alcázares, podía la piadosa reina entregarse á las devociones que la sugería su virtud, en un elegante reclinatorio, situado en lo mas recóndito del pabellon. Allí es fama que acudia á implorar el amparo del cielo, en la consecucion de aquellos grandiosos proyectos, concebidos por la ilustre reina para la felicidad de la España y para hacer siempre grato su recuerdo á los españoles. Tal vez pedía el afianzamiento de los reinos de Castilla y Aragon cuya concordia habia cimentado; tal vez ansiaba el feliz momento en que la cruz del Salvador tremolase sobre el último baluarte de los infieles ó fuese llevada á los remotos confines de un mundo desconocido por el genio inmortal que ella sola supo comprender. La calma y silencio de la noche podían únicamente, en medio del estruendo de un campamento, ofrecer ocasion á propósito para las plegarias de la reina, y en aquel momento el silencio era magestuoso y la tranquilidad inalterable. Los soldados y adalides del ejército y hasta el mismo rey Fernando se habían retirado á descansar, para estar prontos al amanecer del dia siguiente en el que tal vez se determinaría el último asalto de Granada, donde se traslucía el abatimiento precursor de su ruina. En medio, pues, de este silencio, interrumpido de vez en cuando por el grito lejano de alerta, lanzado por los centinelas que velaban en los linderos del campo, sonó de improviso desusado rumor y la reina sorprendida, vió arder rápidamente las cortinas y techumbre de seda del pabellon, mientras que un humo denso invadía la estancia. Levantóse prontamente y llamas devoradoras se le ofrecían por todas partes; pero la reina, incapaz de arredrarse en los momentos de peligro, se dirigió prontamente al cofrecillo precioso donde custodiaba importantes papeles de estado, y cogiéndole en sus brazos salió con él fuera de la tienda. Ya llegaban entónces al socorro de la reina, su esposo don Fernando y otros caballeros sin armadura y aun sin acabar de vestir, pues solo habían cuidado de coger sus armas temiendo algun ardid de los enemigos. El primer cuidado de los reyes, fué poner en salvo las tropas y aun enviar un cuerpo de ellas en observacion de la plaza, para precaver las funestas consecuencias que pudiera haber tenido un ataque de los moros en aquella ocasion. A los enemigos se atribuía por el momento la causa del incendio, que segun parece fué ocasionado por descuido de una de las damas de la reina, aunque no faltaron personas ó medrosas ó visionarias, que dijese haber visto un ginece, que acercándose al límite del campamento, lanzó en medio de las tiendas un tizon ó flecha encendida, desapareciendo luego con la misma rapidez, hasta perderse en las sombras de la noche. Lo cierto es, que al resplandor del incendio se divisaban los moros y se veían relucir sus armas sobre las murallas de Granada; pero

sea que estubiesen tambien sobrecogidos con aquel espectáculo y temiesen alguna estratagema, sea que contasen mas para su defensa con la fortaleza de sus muros que con el esfuerzo de sus armas, permanecieron tranquilos sin que pensasen aprovecharse de la espantosa confusion que entónces reinaba en el campamento cristiano. El incendio, lánguido al principio, habia cobrado una violencia extraordinaria y semejante á un volcan que despidió torrentes de lava, que descendían de las colinas, corren por las llanuras y llegan hasta los puntos mas distantes, así sus llamas propagándose con espantosa rapidez, pasaron desde las tiendas reales á las de los nobles y soldados y rugiendo con furor favorecidas por el viento de la montaña, se elevaron en los aires, iluminándolos con su horroroso resplandor y reduciendo prontamente á cenizas los pabellones, los muebles y las sederías.

Al amanecer del dia siguiente no quedaban en todo el campamento mas que cenizas, metales fundidos, cascos y corazas calcinados y la muchedumbre de guerreros, de pié derecho apoyados en sus armas y atónitos con aquel desastre que parecia un triste presagio. El rey don Fernando recorrió sus tropas y al notar su desaliento, exclamó con entusiasmo:

—Soldados, los infieles, que no pueden vencernos con el acero, han recurrido á las llamas para esterminarnos; pero estas llamas serán la anticipada luminaria de nuestro triunfo y no podrán amortiguar vuestra constancia. Que triunfe el fuego de los impotentes lienzos; aun quedamos nosotros en pié, y para conquistar á Granada, tenemos nuestras espadas y nuestras lanzas.

Reveló entónces la magnánima Isabel su deseo de edificar una ciudad en el mismo sitio que ocupaba el campamento, para reparar su pérdida y manifestar su propósito de no abandonar el sitio hasta apoderarse de Granada. Todos rivalizaron en celo y energia para satisfacer los deseos de su reina, y en breve los moros atónitos pudieron contemplar desde sus murallas, en vez de tiendas de lienzo pintado, edificios de sólida construccion, calles regulares y murallas rodeando el circuito.

Esta es la población que subsiste en la vega con el nombre de *Santa Fé*. Todo el ejército quería que tuviese el nombre de la reina; pero ella, tan modesta como piadosa, quiso que se llamase Santa Fé, por ser esta la causa gloriosa porque todos peleaban.

III.

En la noche del primer dia de enero del año de 1492 y antes de que despuntase la primera claridad del alba del inmediato dia, se organizaba á la luz de las antorchas una militar expedicion, junto á las nuevas murallas de la villa de Santa Fé. Un lucido escuadron de gente armada, estaba ya esperando la señal de ponerse en marcha, lo que no se verificó hasta que salieron de la ciudad los gefes y personajes que la tropa habia de escoltar. Notables eran estos personajes, así por su elevado carácter, como por su merecido renombre. Allí iban el gran cardenal de España, el maestre de Santiago, el célebre conde de Tendilla, don Inigo Lopez de Mendoza, nombrado con anticipacion alcaide de la Alhambra, y por último, fray Hernando de Talavera, confesor de la reina Católica á la que contestó en cierta ocasion, cuando le ofrecía el ser obispo, que no habia de serlo hasta que lo fuese de Granada; especie de profecía que podía ya mirarse como cumplida.

Llevaban consigo estos señores tres insignias venerandas; cuales eran la cruz primacial, emblema del catolicismo, el estandarte de los católicos reyes y el pendon de la orden de Santiago. Colocadas las referidas insignias en el centro de la lucida y numerosa escolta y puestos los gefes á su frente, partieron todos, tan impacientes como alegres, porque para nadie eran un secreto los motivos de la expedicion. Iba á amanecer por fin, aquel dia deseado

por ocho siglos en que las huestes de Castilla y de Leon, fijasen sus banderas en el último baluarte de los moros en España, de cuyo delicioso suelo iban á ser definitivamente lanzados. La orgullosa Granada, perdidos sus mas valientes defensores, diezmada por el hambre y sin esperanza de socorro, abria sus puertas á los vencedores: la capitulación estaba ya concertada, y la comitiva que se ha descrito, que se anticipaba á tomar posesion y fijar sus banderas en la Alhambra, no era mas que la vanguardia del ejército cristiano que aquel día, segun lo pactado, habia de entrar en la ciudad.

A hora competente, el rey, la reina, la corte y todo el ejército, salieron en buen orden de Santa Fé, yendo á tomar posesion á vista de Granada entre Armilla y el puente del Genil, donde debian esperar la señal apetecida. Nunca habian estado los cristianos tan seguros y tan inmediatos á la deliciosa ciudad cuya vista disfrutaban. Su pintoresco aspecto no hacia mas que avivar los deseos que de poseerla tenian y sin embargo, el día iba entrando, ya era por fin la hora convenida y no aparecia la ansiada señal. La tardanza era insuportable en aquellas circunstancias y mucho mas cuando no faltaban ejemplos de la perfidia de los moros, mas de una vez infieles á los tratados. No habia entonces un solo hombre en todo el ejército, que no tuviese fijos los ojos en Granada y que no lanzase desde el fondo de su corazon un grito de júbilo, cuando vió brillar á los rayos del sol, la gran cruz de plata y ondear los estandartes de Castilla, Aragon y Santiago en la torre mas alta de la Alhambra.

—¡Castilla! ¡Castilla! ¡Granada! ¡Granada! por el rey Fernando y la reina Isabel, gritaban unos.—¡Santiago! repetian el gran maestre y los caballeros al ver su victorioso estandarte, y cada cual celebraba con espontanea y alegre voceria y aun con lágrimas de gozo el triunfo de las armas españolas, entre las salvas y sonatas de los instrumentos marciales del ejército. Los guerreros impávidos en cien combates, no podian resistir á la conmocion hija del entusiasmo y alegría, mientras que los Católicos reyes, rebotando de júbilo al ver realizado su mas ardiente deseo y conseguido el triunfo de la Fé, al frente de aquel pueblo de héroes, dispusieron se entonasen el himno religioso del *Te Deum*, para dar gracias al cielo.

IV.

Mientras que todos los súbditos de los Católicos reyes se entregaban á las mayores demostraciones de alegría, se preparaban otras escenas que habian de hacer con ella doloroso contraste. Una larga comitiva con lentos pasos y en doloroso silencio veniase acercando hacia el campamento cristiano. Presidiala el rey Boabdil el Chico, con los principales de su corte, por lo que los reyes don Fernando y doña Isabel salieron á su encuentro, reusando todas las demostraciones de rendimiento que quiso hacer el desafortunado Boabdil. Merecian efectivamente aquellos moros todas las consideraciones que son debidas al valor desgraciado. Los valientes musulmanes de Granada no se habian avenido á capitular, hasta que faltos de viveres y de recursos, sin esperanza de auxilio extraño, vieron á sus enemigos al pie de sus murallas amenazadas con el último asalto.

Boabdil tomó las llaves de Granada que traía en una bandeja uno de sus principales dignatarios, y presentándoselas al rey Fernando le dijo, disimulando su pena:

—Tomad, señor, estas son las llaves de Granada. Ya os pertenece el último asilo del pueblo musulman y el único resto de su dominacion en España. Yo espero que conforme á vuestras promesas, mis súbditos no harán mas que cambiar de rey y les serán conservadas sus vidas, su libertad y los bienes que les quedan.

—Estad seguro, contestó Fernando, de que no solo se les cumplirá nuestra real palabra, sino que se procurará aliviarlos de los males que les ha hecho sufrir la última guerra.

Las bases convenidas ya para la rendicion de Granada, eran para los moros todo lo favorables que podian ser atendidas las circunstancias. No solo conservaban enteramente libres sus casas, riquezas, armas y caballos; no solo se les permitia el uso de sus trages é idioma, sino lo que es mas notable para la época, se les toleraba su culto y la pública asistencia á las mezquitas. Los nuevos tributos no habian de exceder de los que estaban acostumbrados á pagar á sus antiguos reyes, y la generosidad de don Fernando les dispensó de ellos durante los tres primeros años. Por lo que hace á Boabdil, llevaba de patrimonio posesiones bastantes en las Alpujarras, para consolarle algun tanto de la pérdida de su capital.

Nada, sin embargo, era capaz por el momento, de disminuir la dolorosa situación á que se veia reducido el destronado monarca, por lo que los católicos reyes despues de haber recibido las llaves con toda ceremonia y pasándolas á su hijo el principe don Juan, deseosos de proporcionar algun consuelo á Boabdil, dispusieron se le entregase su hijo que estaba prisionero en calidad de rehenes. Boabdil estrechó en sus brazos al jóven, cuya suerte iba á ser muy diversa de lo que su nacimiento prometiera, y partió á reunirse con su familia por el camino de las Alpujarras.

Antes de internarse en las montañas y en el sitio llamado desde entonces *el Suspiro del Moro*, se volvió desde lo alto de una colina, para contemplar por última vez aquella deliciosa Granada, que era forzoso abandonar. Mirábala silencioso con una indecible pena, cuando un fogonazo brilló de improviso en la muralla y en seguida el estampido de un cañonazo retumbó en la montaña. Aquel era el primer disparo de la salva con que los cristianos, que ya se habian apoderado de las torres y reducidos, celebraban su entrada en la ciudad. Boabdil, dejó caer la cabeza sobre el pecho y lágrimas amargas corrieron de sus ojos. Sus amigos y cortesanos se hallaban tambien poseidos del mismo sentimiento; pero la madre de Boabdil, la indomable Aixa, mirándole con despreciativo ademán, le dirigió en tono de imprecacion, al apartarse de allí, estas solemnes palabras:

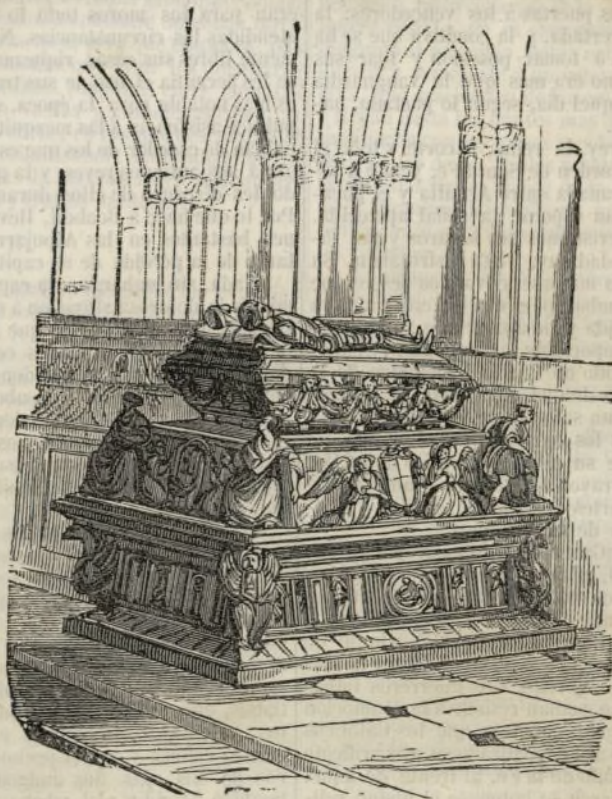
—¡Llora, que bien es que lllore como una muger la pérdida del trono de sus antepasados, quien no supo defenderle como un hombre.

V.

Nada faltaba ya para celebrar la victoria de los gloriosos reyes de Castilla, mas que verificasen su entrada triunfante en la ciudad conquistada. Llegado este feliz momento, las calles de Granada resonaron con los sonidos de las músicas, las aclamaciones, el ruido de las armas y los caballos de los destacamentos vencedores que iban internándose en la ciudad, y sobre todo con la griteria de los cautivos cristianos, que saliendo de sus mazmorras, pálidos, estenuados y agitando en el aire sus grillos y cadenas, salian al encuentro del séquito real. Aun pueden verse estas cadenas, testimonio de los padecimientos de aquellos infelices y trofeo glorioso de quien les dió la libertad, colgadas de las paredes de la iglesia de san Juan de los Reyes de Toledo, erigida por los victoriosos monarcas.

El rey don Fernando, al encontrarse con los miseros cautivos, descubrió su cabeza para saludar á aquellos españoles mártires de su fé, y mandó se les facilitasen los socorros necesarios para volverse al seno de su familia, sin perjuicio de las abundantes limosnas que les dió la reina por su propia mano. Dirigiéronse los reyes á la mez-

quita principal, ya consagrada en iglesia cristiana, para dar gracias al Dios de los ejércitos en aquel vasto templo, en cuyas puertas el animoso Pulgar clavó en otro tiempo el acta de la toma de posesion; templo en que algun dia habian de reposar las cenizas de los conquistadores en un suntuoso mausoleo.

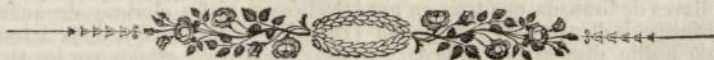


Subieron por último á la Alhambra y entrando en la gran sala de la audiencia, se sentaron despues de diez años de continuos combates en aquel trono que por tanto tiempo habia sido el mas brillante y poderoso de los moros en España. Allí recibieron las felicitaciones de toda su corte, de los enviados de todas las provincias de España y hasta de los alcaides de las Alpujarras.

El día 2 de enero de 1492, día de la rendicion de Granada, ha sido uno de los mas gloriosos no solo para España, sino para todo el orbe católico. Todos los principes cristianos, y mas el sumo pontifice, se apresuraron á celebrarle con regocijo en sus respectivos dominios. En cuanto á los reyes de España, que con este suceso afianzaron mas el título de *Católicos* que ya estaba vinculado en su monarquía, grande era su júbilo al considerar, les

fuera reservado coronar con semejante triunfo una empresa á la que con tanto afan habian conspirado todos los soberanos de la España. Ocho siglos hacia que en las márgenes del Guadalete habia empezado una lucha terrible y obstinada entre los hijos del suelo español y los árabes que de Africa pasaron á invadirle: lucha sangrienta que no cesó un solo día entre los descendientes de ambos pueblos belicosos, ya todos españoles; pero enemigos irreconciliables en religion y costumbres. Bajo los auspicios de Isabel la Católica, tremolaba en este día el pendon del cristianismo en lo alto de las Torres Bermejas. La lucha sangrienta y de esterminio estaba terminada para siempre.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.



ESTUDIOS MORALES.

EL ARTE DE HACER FORTUNA.



Todo el mundo se acuerda en Madrid todavía de la ruidosa boda de un rico banquero, á quien por respeto al incógnito que se nos ha recomendado, llamaremos simplemente don Juan, con la hija única del marqués de V.... antiguo embajador de Rusia; boda que se celebró con la mayor pompa en la magnífica casa del banquero: pero no sabe todo el mundo el extraño é interesante episodio que ocurrió en este matrimonio aristocrático, y que ha grangeado al marido para mientras viva una reputación de originalidad sin ejemplo.

Era la mañana del día que habían de celebrarse los desposorios; el coche de don Juan aguardaba á la puerta, y él mismo esperaba los convidados en un salón brillantemente adornado, cuando entró el criado á anunciar que estaban allí los sastres; «Diles que entren» contestó el banquero; y al punto se presentaron diez individuos, provisto cada cual de un enorme paquete que depositaron sobre las sillas. Contenia cada paquete dos vestidos nuevos de paño, completos de pantalón, chaleco y chaqueta, hechos á la medida de jóvenes de doce á quince años; don Juan examinó los paquetes, y hallándolos conformes á su deseo, mandó que se repartiesen entre los sastres doscientos doblones, con lo cual estos se retiraron haciendo mil cortesías y llenos de curiosidad y de admiración. Despues de los sastres entraron diez sombrereros con veinte gorras y luego las costureras con veinte camisas, y por último, los zapateros con veinte pares de borceguies; todos se retiraron perfectamente pagados, y sin saber á que atribuir la extraña conducta de nuestro don Juan. Este por su parte llamó entonces á su ayuda de cámara, y le previno que buscara por Madrid veinte muchachos asturianos, carboneros, aguadores ó mozos de cordel, á quienes debía convidar á comer prometiendo un doblon ademas á cada uno. «En mi cuarto de baño, añadió, hallarás todo lo necesario para jabonarlos de pies á cabeza, y cuando acabes la operación les harás poner estos vestidos acomodando uno á cada uno segun su estatura, y despues los llevarás á ese salón, donde comerán mientras nosotros con los convidados lo haremos en el inmediato.»

Era una mañana de las mas crudas de invierno; el hielo habia reemplazado á la nieve y el sol hacia inútiles esfuerzos para abrirse paso al través de una espesísima niebla; el buen ayuda de cámara tuvo no poco que hacer para encontrar los huéspedes que buscaba; pero al cabo la voz fué corriendo de unos en otros y puede calcularse la alegría de los pobres asturianos que parados en una esquina ó al rededor de una fuente esperaban con impaciencia poder ganar ocho cuartos para una libreta, al oír que se les regalaba un doblon por tomarse la pena de asistir á una comida de boda en casa de un rico señor; no habia pasado una hora y ya excedia en mas que doble el número de pretendientes. El

criado en uso de sus facultades omnímodas eligió los que le parecieron mas á propósito, dando la preferencia á los mas andrajosos y sucios, no sin riesgo de que los desahuciados quisieran acometerle en medio de la Puerta del Sol, donde gracias á la intervención directa de la guardia del Principal pudo salir ileso de entre los descendientes de Pelayo.

Al entrar en casa del banquero, los novios y los convidados volvian de la iglesia y á la verdad que el contraste no podia ser mejor: por una parte las brillantes libreas, los vestidos de seda y encage, las joyas, los jóvenes mas elegantes y las mugeres mas lindas de Madrid; por la otra los rostros llenos de mugre y tiznados de carbon, los pelos erizados, los harapos y la miseria.

En tanto que la elegante comitiva se miraba como preguntando el significado de aquella escena, don Juan fijó en los asturianos una mirada melancólica y pareció preguntarse á sí mismo: ¿Si la dicha no está aquí, donde se halla?

—Bien cerca, respondieron sus labios al apoyar la mano en la de su linda esposa á quien introdujo en seguida como una reina en su palacio, no sin prevenir á los criados que cuidasen de los asturianos.

Una hora despues un arroyo de agua negra como la tinta corria por el patio; era la que habia servido para jabonar á los huéspedes que al mismo tiempo salian del baño como de la cuba de Eson, tanto mas blancos y frescos, cuanto que puede decirse que habian estrenado pellejo nuevo; cualquiera al ver la metamorfosis hubiera dicho que eran una legion de espantosos demonios convertidos en querubines ó en amores.

La hora del festín habia llegado, millares de luces en ricos candelabros iluminaban el palacio; despues de atravesar las habitaciones del esposo, enriquecidas con todo cuanto puede imaginar el gusto de un millonario, los convidados se habian sentado á la mesa y ya nadie se acordaba de los asturianos. De repente una gran puerta de dos hojas se abrió y apareció un salón como el comedor iluminado, con una gran mesa espléndidamente servida y ocupada tambien por alegres convidados. A la vista de esta escena, que mas parecia cosa de magia ó decoración de teatro, todo el mundo dió un grito de sorpresa, excepto el banquero y su esposa que se dirigieron una mirada de inteligencia; pero muy pronto fué preciso á los asistentes fijarse en la realidad y reconocer los asquerosos carboneros y aguadores de por la mañana, convertidos en rozagantes mancebos, con sus vestidos y gorras nuevas danzando y cantando al rededor de la mesa, y preparándose á cenar por la primera vez de su vida con servicio de plata y de cristal. La sala estaba caprichosamente adornada, y era á la verdad aquello un paisaje de Suiza tal y como lo representan los poetas y pintores; nada mas faltaba que las cabañas humeando, y las montañas coronadas de nieve. Con una mano, don Juan apretó la de su esposa y con la otra se cubrió los ojos llenos de lágrimas.

—Amigos míos, dijo dirigiéndose á los convidados; ruego á vds. que me perdonen este capricho; considerándome hoy el mas feliz de los hombres, he querido que participen de mi ventura algunos desdichados.

Esta noble esplicación fué de todos aplaudida pero sospechando que no revelaba enteramente el misterio y esperando el desenlace, grandes y pequeños convidados hacian por completo los honores á los ricos platos que les servian: los pequeños principalmente parecia que querian desquitarse de las privaciones de toda su vida y con igual

predileccion acogian la perdiz que el pavo, el pastel que el conejo, los pescados que las frutas y los vinos: vigilados no obstante por los criados, ni uno solo se escedió, y todos conservaban su razon cuando en medio del mas profundo silencio, dirigiéndose á ellos don Juan;

—Y bien, hijos míos, les preguntó: ¿he conseguido mi objeto? ¿Sois completamente felices?

Los interrogados respondieron con tales gritos de alegría que desechaban todo género de duda.

—Nos hemos divertido para toda nuestra vida, exclamó con voz atronadora uno de los mas grandes que no creia decir una cosa tan triste.

—No para toda vuestra vida, replicó el banquero; por que vosotros podeis tambien ser dichosos por vosotros mismos y hacer á vuestra vez la felicidad de otros, si la dicha está en la riqueza. Quiero demostrároslo refiriendo una historia que os probará como los mozos de esquina llegan á ser millonarios; una historia que os enseñará el arte de hacer fortuna.

A esta voz eléctrica las cuarenta orejas se erizaron como las de los caballos jóvenes al tiempo de correr al combate.

—Si, amigos míos, prosiguió don Juan: solo depende de vosotros el tener un gran palacio, salones dorados, coches, criados y lacayos; en vuestras manos está el comerciar dia como acabais de hacerlo. Escuchad la historia de un asturiano que yo he conocido mas miserable que vosotros.

«Era un asturiano de vuestra edad á quien por apodo llamaban *Sinrecursos* porque no tenia padre, madre, parientes ni asilo; las gentes de su pueblo le dieron cierto dia una hoz, un pan de maiz y un palo; le mostraron el camino de Castilla y le dijeron: «Marcha y Dios te ayude.» Sinrecursos partió ni triste ni contento; perdió de vista el campanario del lugar, se comió el pan que llevaba de prevencion y tuvo que acudir á pedir limosna por el camino para no morir de hambre; pero un dia llegó en que no encontró en toda la jornada quien le socorriese; muerto de frío, pues no tenia mas ropa para guarecerse de los rigores de un invierno crudo, que un pantalon de lienzo y una levita vieja del mismo género que le habian dado en casa del escribano de uno de los pueblos por donde habia pasado mendigando. Estenuado de hambre y de fatiga, se sentó ó mejor dicho se dejó caer en un banco de piedra frente á una ermita en un despoblado, y muy pronto el sueño le acometió y se quedó dormido. Eran mas de las cuatro de la tarde del mes de enero; la nieve empezaba á caer como una lluvia de plata fina y penetrante al pronto, despues á gruesos copos. Sinrecursos iba á quedar sepultado indudablemente, pero Dios que nunca abandona ni aun al mas desdichado, lo habia dispuesto de otro modo. El maestro de escuela de un pueblo no distante de la ermita, iba todas las tardes despues de comer á dar leccion á la hija de un propietario que habitaba una casa de campo en las inmediaciones y al volver de su ta-



El Dómine y Sinrecursos.

rea mas temprano que de costumbre por causa del mal tiempo, vió no sin asombro al asturiano dormido sobre el banco; dudó que fuese persona humana y se acercó con precaucion á examinarlo; pero convencido de ello le gritó para que despertase con toda la fuerza de sus pulmones. Sinrecursos abrió los ojos asustado é hizo un esfuerzo como si quisiese desviar al dómine para que no le importunase; tal era ya el estado de postracion en que se hallaba. El buen preceptor entonces conociendo el peligro que allí corria el infeliz asturiano, hizo un esfuerzo para arrancarlo de la muerte, y poco menos que arrastrando lo llevó hasta el lugar que como he dicho estaba á corta distancia. En su casa le prodigó cuantos auxilios pudo y enterado de la triste suerte de Sinrecursos, le aconsejó que se quedase con él, pues le haria ganar el pan en una fabrica de ladrillo, cuyo dueño era amigo suyo. El asturiano aceptó

y pasó dos años ganando una peseta diaria, con lo cual no solo tuvo para no morir de hambre sino que ahorró para hacerse un vestido; durante este tiempo el dómine le enseñó á leer, escribir y contar: pero le faltó el trabajo porque la fabrica hacia mas ladrillos de los que se consumian en veinte leguas á la redonda y Sinrecursos se despidió de su amigo y fué por consejo de este á Valladolid que distaba nada mas que dos leguas, á buscar trabajo. El unico acomodo que encontró fué con un maestro de albañil á quien conocia de haberlo visto en la fabrica; este lo destinó con otro muchacho de su edad á limpiar tejados y chimeneas, porque era el fin del otoño y las obras de otra especie escaseaban bastante.

—¿Sabes de quién es esta casa? le dijo un dia el compañero estando cada uno en el alero de un tejado.

—No por cierto.

—De un rico comerciante que se acaba de casar con la muger mas pobre de la ciudad.

—Eso está bien hecho; los ricos deben ayudar á los pobres.

—Lo mismo digo, y precisamente por eso pensaba comunicarte un proyecto. ¿Has visto cuanto dinero había en esa pieza por donde pasamos para subir á estos tejados?

—Sí, he visto que había mucho.



En los tejados.

—¿Te atreves á que nos apoderemos de alguno? Hay tanto que difícilmente se conocería lo que nosotros pudiéramos cargar.

—¿Cómo! exclamó escandalizado Sinrecursos; me propones robar!

—Eso no es robar; eso es ayudarse los pobres con lo de los ricos, como acabas de decir ahora mismo.

—No prosigas ni cuentas conmigo para semejante picardía; además que es una locura, ¿no oíste cerrar todas las puertas conforme fuimos subiendo las escaleras?

—Es que yo no pensaba en que bajásemos por donde hemos subido; mira, esta chimenea da á la pieza del dinero: yo me introduzco por el hueco que facilmente puede agrandarse: me ato al cuerpo esa sogá; tú das la vuelta, y te vienes aquí conmigo y me vas dejando escurrir hasta que llegue abajo; en seguida con la misma sogá te envío uno de los esportillos de oro que hay sobre el mostrador, me encaramo por la sogá y bajamos luego cuando nos abran por la escalera con nuestro dinero en los bolsillos; pasamos por delante de todos y nos vamos á la calle sin que nadie pueda sospechar la sisa ni culparnos á nosotros de ella.

Sinrecursos, se opuso abiertamente á secundar los proyectos de su compañero y este tuvo que desistir; no con poco sentimiento, renunciando como él decía, á hacer su fortuna en diez minutos por culpa de un imbécil.

Cuando bajaron al escritorio del comerciante, les mandaron esperar para darles de beber, y mientras aguardaban, observó Sinrecursos lo afanado que estaba uno de los dependientes para hacer un cálculo con el cual no podía atinar; ofrecióse á hacerlo el asturiano y lo hizo tan bien y tan pronto, con asombro de todos los que estaban allí presentes, que el comerciante enterado del hecho le dijo si quería quedarse en su casa. Sinrecursos aceptó y se ha-

lló desde el día siguiente bien vestido, perfectamente asistido y con un sueldo mas que regular. De esta manera quiso Dios recompensar su buen proceder del tejado, por medio del mismo á quien no había consentido que se defraudara. La inteligencia, el celo, la asiduidad de Sinrecursos le captaron de tal modo la voluntad de su principal que á los tres años de estar en su casa, lo asoció á sus especulaciones, lo envió á viajar por cuenta de ambos, y por último le auxilió para que se estableciese por sí en Madrid; desde entonces su fortuna ha ido siempre en aumento y es hoy uno de los banqueros mas fuertes de la capital; pero nunca ha olvidado ni su origen ni sus desgracias... la prueba es, hijos míos, que os ha convidado á su boda para referiros su historia. Sinrecursos se llama hoy don Juan y acaba de poner el sello á su dicha tomando por esposa á la hija del marqués de V....»

—La dicha no la debe sino á sí propio, exclamó noblemente la esposa del banquero alargándole la mano.

Esta pública confianza que no era nueva para la esposa y los amigos íntimos de don Juan, se hizo por el banquero con tanta dignidad y buen gusto, que sus mas orgullosos convidados se creyeron en deber abrazar al antiguo operario de la fábrica de ladrillos, y la voz de los condes y marqueses se confundió con la de los asturianos en unánime y comun aclamación.

—Ya que sabéis mi historia añadió don Juan, permitid, hijos míos, que os recuerde los únicos auxiliares de que me he servido para conquistar la posición que ocupo: estos han sido *honradez, perseverancia y economía*; solo con practicarlos aprendereis á hacer fortuna.

En seguida puso una onza de oro en la mano de cada uno de los asturianos, y los despidió. El grito de «viva don Juan» resonó por todos los ángulos del salón.

Desde este día los veinte jóvenes favorecidos por el banquero se han mostrado dignos de su protector. Los unos se han dedicado al comercio, los otros son buenos industriales, algunos están de mancebos en las principales tien-

das de Madrid y por último nos han asegurado que uno de los mas audaces ha ganado seis mil duros en la última subida de la bolsa.

F. DE P. M.

COSTUMBRES DE LA EDAD MEDIA (*.)

DE LA GALANTERIA ESPAÑOLA.

CORTES DE AMOR.—SU ORIGEN, HISTORIA É INTRODUCCION EN ESPAÑA.



Hay en el amor propio, entre otros sentimientos que produce, el deseo de agradar, y este causa la galantería. El encanto de ser amados del objeto á quien prefiere nuestro corazón, nos hace buscarle y agradarle, á fin de merecer á su

vista su aprecio, y hacernos dignos de él; los medios empleados al efecto dan por producto la galantería, que como dice un autor, no es otra cosa, que un delicado, fino y perpetuo engaño del amor.

Todos los pueblos han rendido homenaje mas ó menos vivo á la hermosura, y por consiguiente desde que ha habido bellas mugeres que adorar, ha existido la galantería entre los hombres que han concedido á esa mitad encantadora de su ser, una instruccion y suficiencia mas adelantada y profunda para juzgar de cuanto constituye el mérito personal. La dicha y el placer de los sentidos consisten en el hombre en ser amado de la muger á quien adora, y como en todos los países de la tierra nazca esta afición entre los seres orgánicos, los goces no se alcanzan sin galantes primicias, razón por la que el hombre halaga á la muger, procurando ganar su voluntad por medio de la galantería.

Entre los cultos griegos es donde encontramos la galantería, en mas voga que en los otros pueblos antiguos, si exceptuamos á los adustos y misteriosos lacedemonios, que miraban como un vicio reprehensible, y aun como un crimen, el obsequiar galantemente á las damas. Los demás griegos, en particular los atenienses, galanteaban á sus queridas adornando durante la noche sus puertas y ventanas, con coronas y guirnaldas de mirto y flores, origen de las enramadas con que en algunos pueblos de España, se visten las puertas de las doncellas las noches de san Juan y de san Pedro. Además de esta galantería, que ha sido imitada en los tiempos de la Caballería, ó sea en la edad media, fijaban en las calles de sus damas, carteles en verso, en los que manifestaban su hermosura y el amor

que las tenían. Al romper el alba colocados debajo de las ventanas ó á la puerta de las casas de sus amadas, cantaban los griegos canciones amorosas, acompañándose con la lira ó haciéndoles los amigos el son con dulces flautas. Si buscásemos el origen de nuestras serenatas amorosas ó rondallas, ciertamente que tendríamos que remontarnos hasta los griegos, de quien tomarian la costumbre los árabes, que son los que las introdujeron en España, donde hoy hacen todavía la delicia de los jóvenes amantes de todas las clases. A las galanterías nocturnas, sucedían entre los griegos las del día, pues adornados con vestidos de púrpura, de los que exhalaban agradables miasmas, merced á las esencias con que los perfumaban, y orladas las sienas con verdes coronas cuyas flores les caían por detrás de las orejas, paseaban los amantes por las calles de sus damas, llevando un torneado y rico baston en la mano, y los mas ricos haciéndose seguir de dos ó mas esclavos que llevaban una silla de tigre para cuando quisiesen descansar, y ramilletes de frescas flores para regalarlos al objeto de su amor si acaso se dignaba asomarse á la ventana. Muchas galanterías podria citar correspondientes á esta culta nacion, pero no queriendo hacer muy largo este artículo, solo diré que la historia nos recuerda la galantería del sábio Sócrates que recibió lecciones de política y de elocuencia, de la famosa Aspasia; la de Alejandro el Grande por Frijne, que reedificó á su costa los muros de Tebas; las de los filósofos Diógenes y Aristipo por la astuta Lais y la de Epicuro por la célebre filósofa Leontia. Siendo galantes los filósofos y sábios mas ilustres de los griegos, como nos lo descubre la veraz historia, no puede negarse á esta nacion civilizadora de las demás, que fué el tipo de la galantería en los tiempos antiguos, y que la muger gozó en aquel país de las delicias que trae consigo para ella, la finura y cortesania amorosa de los hombres.

Ciertamente que los romanos no fueron tan galantes como los griegos, pues hallándose mas adelantada la licencia y las costumbres mas corrompidas que en aquella nacion, los medios para conseguir los goces fueron menos delicados, y la galantería fué decayendo con la ilustracion, al paso que se fué entronizando la desmoralizacion y aproximándose la barbarie. Sin embargo tambien hubo en Roma enramadas, cartas amorosas y finos galanes, que sostubieron la galantería contra la licencia, y la cortesía contra la grosera moda de hacer á las mugeres todas de una condición, cosa nada favorable á su pudor.

Empero si la galantería, como hemos visto, reinó en la culta Grecia, estaba reservado á los siglos medios el entronizarla mas debidamente y adornarla de ricas preseas; así como á ella el suavizar las feroces costumbres de estos mismos siglos y levantar, como ayuda de la poesía, su madre y amiga, la pesada losa sepulcral donde enterráran la civilización de Grecia y de Roma los salvajes, bárbaros y supersticiosos hijos de la Gótica, cuando, á manera de un torrente asolador inundaron el Mediodía de la Europa en los siglos IV y V de nuestra era.

A medida que se civilizaban los godos conquistadores, fueron mejorándose sus feroces costumbres, y la galantería y la poesía se fueron elevando á su trono, siendo el medio la belleza de la muger, foco de galantes inspiracio-

(*) Bajo este título nos proponemos publicar una serie de curiosísimos artículos, que versando todos sobre costumbres antiguas españolas, esplican el origen de muchas de las que todavía se conservan, aunque degeneradas, y contemplamos diariamente ó con desvío ó con indiferencia.

nes, y objeto hermoso de civilización. El deseo de agradar á las damas y mostrarse digno de ellas, unido al entusiasmo religioso, creó la *Caballería*, orden galante y religioso, así como los torneos, justas y otros magníficos juegos que inventaron los caballeros, todos para obsequiar al bello sexo, en los que lucía la mas fina cortesía. Muy galantes fueron los caballeros cristianos con las damas, pero no llegaron con mucho al respeto y veneración en que las tuvieron los árabes españoles. Pasemos ahora al segundo punto de esta historia de las galantes Cortes de amor.

Los *tenzones* ó disputas poéticas de los trovadores, en las que se agitaban cuestiones de amor en forma de diálogo, empezaron á conceder á las damas el derecho de decidir en cuestiones amorosas, encomendándolas los trovadores este encargo. La sumisión con que recibían los trovadores sus sentencias ingeniosas, lisongeo de tal modo á las damas, que se esmeraban en estudiar el medio de buscar la razón y la justicia entre los contendientes, y estos contentos de sus amables jueces, les confiaron todas sus querellas hasta el punto de tener su voto como ley divina y obedecerla con el mayor respeto. Las damas se remontaron entonces á su mayor altura, y después de Dios se puede decir, nada se respetaba tanto sobre la tierra, como la mujer; nada se hacía en materia de amor sin el parecer de las hermosas, y los amantes esperaban de sus sentencias la felicidad ó la muerte. En los primeros años del siglo XIII, *Sabari de Mauleon*, noble de Poitou, *Anselmo Faidit* y *Hugo de la Bachelari*, ambos naturales de la villa de Uzerre, en la diócesis de Limoges, disputaban una proposición del primero, reducida á que favor era mayor, si el de un amante que había recibido una mirada favorable de su dama, el de otro que le había apretado la mano, ó el de otro á quien la dama había apretado el pie. Los tres trovadores espusieron sus razones y sometieron su decisión á la dama de *BON-PRIX* y á la dama *GUILLEMETTE* de *BEL-AVOIN* que sentenciaron á favor de la mirada favorable. De este modo se hicieron insensiblemente las damas de la Provenza tan hábiles en estas materias, que de todas partes se las venía á consultar sobre estos asuntos.

De estas consultas, puede asegurarse que se originaron las galantes *CORTES DE AMOR*, tribunales mas respetables en materia de amor, que los supremos de justicia, y ante el cual los amantes llevaban sus diferencias sabiendo que sus sentencias no tenían apelación ninguna. *Ermengarda*, vizcondesa de *Narbona*; *Eleonor de Aquitania*, esposa de *Luis VIII* de Francia, y después *Enrique II* de Inglaterra; *Sibila de Anjou*, condesa de *Flandes*; *Maria* su hija condesa de *Champana* y las nobles damas de *Gascuña*, son los primeros jueces que vemos formar este florido tribunal, cuyos reglamentos y ordenanzas formaron, siendo legisladoras á la par que magistradas, cada una de por sí en la numerosa corte de damas. El primer nombre que tuvo este tribunal fué el de *PARLAMENTO DE AMOR* y á sus decisiones se denominó arrestos (decretos). La ciudad de *Aix* fué el primer sitio del tribunal (1) y sucesivamente le

establecieron otros en *PIERREFEU* en el castillo de *SIGNE* en *ROMANIA* y en la corte Pontificia de *AVIÑON*; pero si la galantería presidió en todos estos tribunales, debe darse la preferencia al primero, cuyas damas hemos citado, por haber sido no solamente el fundador, sino el que sancionó el código de amor por el que se rigieron todas las damas, cuyo maravilloso origen y discretas leyes citaremos en las notas á este artículo, con el testimonio del erudito autor don *Juan Cortada* que tomándole del documento latino de *Maese Andrés* que conocemos, lo inserta en las notas de su preciosa novela histórica del siglo XIV titulada *LORENZO*, á la que nos referimos. (2)

En todas las decisiones se consultaba este código maravilloso, y cuando no estaba prevenido en él el asunto de que se trataba, decidían las damas con arreglo á su juicio; de cuyos casos y sentencias se fué formando un suplemento al código. No solamente se discutía y fallaba en estos tribunales asuntos amorosos, sino que, como dice *NOSTRADAMUS*, biógrafo de los trovadores, acudían estos á ellos para que decidiesen sus cuestiones poéticas y galanterías, nombrando para que les defendiesen, cuando no podían asistir, á la dama ó damas á cuya opinión querían sujetarse; las que formaban para este solo acto, una corte de amor especial.

En las *Cortes de amor* había también caballeros que componían una comisión especial, la cual tenía obligación de instruir á las damas en los asuntos que les consultasen y de hacer que no faltase nada al decoro de las hermosas y á la dignidad del tribunal, de suerte que puede decirse que

Signe se componía en el año 1200, de las damas siguientes:

ESTERANILLA, dama de *Baulx* hija del conde de *Provenza*, *PRESIDENTA*; *ALALIZIS*, vizcondesa de *Avignon*; *ALAETA* dama de *Ogle*; *HERMISENDA*, dama de *Posquieres*; *BERTRANDA*, dama de *Ugou*; *MABILLS*, dama de *Yénes*; la condesa de *Die*, que podía llamarse con justo título la *Sala* de la edad media, *ROSTANGA*, dama de *Pierrefeu*; *BERTRANDA*, dama de *Signe* y *JAUSERANDA*, de *Claustral*. Algunas de estas damas pertenecían también al parlamento de la ciudad de *Aix* y así es que se hallan en el catálogo de aquel tribunal.

(2) El citado *maese Andrés* al dar razón del famoso Código de Amor, dice que fué encontrado por un caballero breton, el que se presentó á las damas y caballeros de la primera Corte de amor, que fué la que le hizo publicar para que sirviera de ley á los amantes.

Con relación al origen del Código dice *Andrés*: que habiendo-se internado en un bosque, un caballero breton con la esperanza de encontrar á *Arturo*, se le presentó una señorita que le dijo: *Se lo que buscáis, y en vano esperáis hallarlo sin mi auxilio: habéis requerido de amor á una dama bretona, la cual exige de vos que la lleveis el célebre halcón que está posado en una alcándara, en el palacio de Arturo. Para conseguir ese halcón es preciso probar, por medio de un combate, que esa señora es mas hermosa que todas las damas servidas por los caballeros que hay en esa corte &c.* Después de varias aventuras romancescas, encontró el halcón en una alcándara de oro en la entrada del palacio, y se apoderó de él; colgaba de la alcándara, atado al extremo de una cadencia de oro, un escrito que era el *Código de Amor*, que el caballero debía tomar y dar á conocer de parte del *Rey de Amor*, si aspiraba á llevarse pacíficamente el halcón, y en fin que el caballero le presentó á la Corte de amor, la que le sancionó y mandó guardar. Esta ingeniosa y romancesca fábula, es la historia del Código Maravilloso, forjado acaso por algun fino y entendido amante, que para darle mas prestigio le cimentó sobre tan galante fundamento, en lo cual no hizo otra cosa que lo ejecutado por los mas sabios y acreditados historiadores de su tiempo, y aun de los posteriores, los cuales queriendo dar á su nación, ciudad ó pueblo, una prodigiosa antigüedad, han fundado su origen en fabulas mas ó menos ingeniosas.

El espresado código consta de 51 artículos que así como su origen se hallan en buen latín en el folio 105 del manuscrito de *Maese Andrés*, habiéndolos fielmente traducido el señor *Cortada*, de quien hemos hecho mencion.

(1) Si bien *Sismondi*, *Guinquemé*, *Rolland* y otros autores, en sus obras de literatura han hablado de las Cortes de amor, solo Mr. *RAYNOUARD*, sabio escritor francés que falleció en 1856, ha sido el que las ha hecho conocer tal cual fueron, por haber hallado en la biblioteca real de Paris, el curioso manuscrito, latino, escrito por *MAESE ANDRES* titulado: *• Liber de arte Amandi et de reprobatione amori, &c.* en el cual se prueba evidentemente la existencia de las Cortes de amor. *Juan de Nostradamus*, hermano del célebre astrólogo y médico de este nombre, en su biografía de los Trovadores, al dar razón de las Cortes de amor de *Signe*, *Pierrefeu*, de *Romani*, y de *Aviñon*, cita todos los nombres de las damas, que en distintas épocas compusieron estos tribunales, desde el principio del siglo XII, hasta el segundo tercio del siglo XIV; pero como no sea necesario poner en este lugar todos los nombres, que por otro lado sería tarea bastante larga, lo haremos solo de algunas de las mas ilustres. El tribunal de Amor de *Pierrefeu* y de

eran la guardia de honor de tan galante corte. Los primeros caballeros de estas fueron del tribunal de Aix, *Berardo de Beaus, Bonifacio de Catelune, Hugo de Lascaris, Raimundo Jordan, los vizcondes de san Antonio, Bertrand*, (de los vizcondes de Marsella) *Guillen Adhemar*, señor de *Grigoud, Bertran de Pagés, Grimaldi y Sabari de Mauleon*.

En un códice titulado: *traduccion de la Tenzona ó controversia latina que sostubieron ante el parlamento de amor de las damas de Romani, Mosen Borrell, Catalan, Dedacus Castelerra, Jaques Llobret, poetas provenzales*, el cual está en letra del siglo XV y de que daremos noticia mas adelante, hallamos la siguiente descripción de dicho parlamento.

El tribunal se situaba en la casa de la presidenta, la cual procuraba adornar su local con todas las galas posibles, aventajando siempre en lujo á los anteriores, de suerte que la riqueza brillaba en este, á la par que el gusto y el ingenio. Las damas se sentaban en ricas sillas al redor de una gran mesa cubierta con tapetes de brocado de oro, en cuyo centro se sentaba la presidenta, que generalmente, era la señora de mas alta condicion; á su lado derecho la secretaria que llevaba la nota de los trovadores y litigantes que se presentaban, de sus querellas y de las decisiones del tribunal, y al izquierdo se hallaba la censora, la cual tenia el código, y decisiones supletorias del tribunal, lujosamente escrito en vitela con letras de oro, y ricamente encuadernado. Esta puede decirse era el fiscal, puesto que cuidaba de saber si estaba en el código el asunto en cuestion, en cuyo caso le defendia interpretando su sentido. Los caballeros de honor, de que hemos hablado, se colocaban de pié detras de las damas con la cabeza descubierta, y dos *heraldos* con los escudos de armas de la presidenta bordados en las ricas dalmáticas y con bastones con borla de oro, colocaban la gente convidada en los asientos destinados al efecto. Abierta la sesion por la presidenta, el heraldo salia á llamar por su órden á los trovadores ó amantes que tenian presentado memorial ó que habian pedido audiencia. Estos, sieran caballeros, entraban precedidos de sus escuderos, en cuyas dalmáticas se ostentaba el escudo de sus armas: al llegar á una especie de balastrada que separaba las damas de los convidados al acto, el caballero era presentado al tribunal, por la dama ó por el caballero de honor que habia elegido por padrino, el cual suplicaba al tribunal oyese con benevolencia á su protegido. La presidenta le daba licencia para esponer las razones, y entonces el caballero se arrodillaba al empezar á hablar, en señal de respeto. Se levantaba el procurador y de pié esponia su queja, concluyendo con una súplica en la que lucia sus talentos poéticos y su ingenio y finura. La censora veia si lo que solicitaba se hallaba en los articulos del código prodigioso; si efectivamente estaba previsto el caso, defendia la ley y se discutia sobre ella, y sino se apuntaba para tratar el punto con mas detencion: en todos casos se despedia al suplicante diciéndole que el tribunal quedaba enterado y resolveria, con lo cual el caballero ó dama suplicante hacia una humilde reverencia y salia del salon. Cuando el caballero no decia su nombre ni queria ser conocido, como sucedia las mas veces, tanto él como sus escuderos entraban con las celadas del yelmo caladas, pero dejando las espadas y dagas á la puerta, pues no se permitia á nadie entrar armado. Cuando la decision tenia que caer sobre una cuestion ó tenzon, sostenida por dos, tres ó mas damas ó caballeros, entraban todos á la vez y hablaban por turno, generalmente en verso, y lo propio sucedia si los contendientes eran trovadores y su disputa era sobre asuntos poéticos; pero en todos casos no se daba la sentencia en su presencia. Si los presentados eran pocos, se decidian por votacion los asuntos en el día, pero si eran muchos, la discusion duraba algunas sesiones. Anotadas en el libro de arrestos ó de acuerdos las

que recaian en los puntos presentados, se volvian á llamar por el órden que habian entrado, y despues de prometer los suplicantes, bajo la fé de caballeros, obedecer la decision del tribunal, se les leia esta de la que se les daba traslado, si le pedian, lo que siempre hacian los amantes y los poetas á quienes el fallo era favorable.

Ademas de los asuntos de amor juzgaba el tribunal de las poesias y cantos de trovadores; estos al son de sus sonoras liras, arpas, arabescos y laudes entonaban sus cantilenas, ya solos, ya acompañados, ante el hermoso tribunal, y en seguida se procedia á elegir la mejor poesia y á juzgar de la mejor voz. Los que obtenian el premio eran coronados por la presidenta del parlamento; y este honor que era el mayor á que podian aspirar los trovadores, se publicaba por la ciudad, al son de chirimias y timbales, y se hacia anunciar por escrito á todos los pueblos amigos, y en particular á la patria de los trovadores *coronados*, los cuales si no lo eran se ennoblecian por este hecho, y todos los señores se le hacian amigos. Esto era causa de que el sitio de las Cortes de amor fuese muy frecuentado de los extranjeros: hasta aquí el códice citado.

Tal modo de premiar el talento, no podia menos de aumentarle, y así es que los jóvenes se aplicaban de tal modo á la poesia que, olvidando sus bélicas y fieras costumbres, se hicieron mas humanos en los combates y empezaron á abrir la era de paz y de la civilizacion, de los que fueron sólidos cimientos la belleza y amable carácter de la mujer. Fué tal el nombre de estas Cortes de amor, en particular el de las de Aviñon, que se tenia por excelente poeta á aquel cuyos versos habian sido cantados en ella, al paso que para designar á un mal poeta ó cantor, se decia que en Aviñon le cerrarian la puerta. El haber estado ó no un poeta en algun parlamento de amor, bastaba para juzgar de su mérito; y la galanteria, imitando las formas mas seductoras, se iba entronizando por el mundo civilizado en honra y prez de la hermosa compañera del hombre.

El parlamento de amor de Aix fué el principal, hasta que en el siglo XIV año de 1339, ESTEBANILLA de GANTELME, tia de la bella LAURA del Petrarca, erigió otro tribunal que le reunia por el invierno en la ciudad de Aviñon y en el verano en ROMANI (1). En este tribunal que

(1) La corte de amor de Aviñon puede decirse fué no solamente la mas concurrida, sino la mas ilustre y en la que brilló mas la galanteria, finura y elegancia de aquella edad. En el año 1341, segun Nostradamus, componian este famoso tribunal, respetado y protegido hasta de los pontifices de la iglesia católica, las señoras siguientes: JUANA, dama de Baulx, *presidenta*; UGUETA, de FORCALQUIER; BRIANDA de Agoult; MABILA de Villeneuve; BEATRIZ de Agoult, dama de Sault; YSARDA de Bosquesfuesh; ANA, vizcondesa de Tallard; BLANCA de Flassaus, conocida por la BLANCA FLOR; DUCIA de Moustiers; ANTONIETA de Cadenet; MAGDALENA de Sallon; RICHEUDA de Puyverd; LAURA LADE hija de Audiverto de Noves, esposa de Ugo de Sade, querida del PETRARCA. La Presidenta de este tribunal era ESTEBANILLA de SANTELMES, tia de la bella Laura, la cual improvisaba en todos los metros usados en su tiempo, y ella y su sobrina, que fué su discípula, fueron las Poetisas mas célebres de su época. En el año 1342, en que murió BENITO XII se unieron á la Corte de amor de Aviñon las marquesas de Malaspina, de Salusses, Hugona hija del conde Forcalquier, y otras que trae Nostradamus en sus catálogos, y desde este año empezaron á llegar al tribunal de Aviñon las apelaciones que hacian amantes y trovadores, de las sentencias dadas por los de Aix, Pierrefeuf y otros considerados ya como cortes inferiores á la de dicha ciudad. Con tal preferencia, el parlamento de amor de Aviñon se engrandeció tanto, que de todas las partes de Europa acudian los poetas deseosos de coronarse en aquella magnifica asamblea, y así es que resonaron en ella los cantos dulces y armoniosos de *Perceval Doria, Pere Lafranc, Bertrand de Alamanon, Ramon Gastell, Martin Reart de Tortosa, Caufranc de Villaguassa, Ugo Lausich, Guillermo Puig-alt, Pere Vidal, Ramonet de Tortosa, Mosen*

siendo la corte pontificia *Aviñon* y favorecido por el pontífice, vino á ser el mas ilustre, disputaron los famosos trovadores genoveses *Simon Doria* y *Lanfranc Cigales* ó *Cigala* sobre si era mas liberal el que daba con gusto, ó el que daba contra su voluntad, cuya *tenzon* vino en apelacion al tribunal de *Aviñon* de el de *Aix*, donde ya se habia decidido. El papa *Inocencio VI* protegió este parlamento desde 1352 que estuvo en *Aviñon*; pero una cruel peste que sobrevino en este año, en el que murieron muchas damas y trovadores, se puede decir que concluyó con las Cortes de amor en la Provenza, pues aunque una dama de la casa de *Chabot* y de *Marchebruse* en *Poitou*, á la que se dice aludió el Petrarca en sus sonetos contra Roma, á fin de vengar á la tía de su querida, quiso establecer un nuevo tribunal en el mismo *Aviñon*, no pudo conseguirlo apesar de ser hábil poetisa y como dice *Nostradamus*, desde 1382 ya no se encuentran en la Provenza ni parlamentos de amor, ni trovadores.

Segun *Marcial de Auvergne* cesaron las Cortes de amor con la famosa reina Juana de Nápoles y de Sicilia condesa de Provenza, que feneció en 1385.

René llamado el buen rey de Nápoles, siendo conde de Provenza desde 1434 á 1480, hizo cuanto pudo para restablecer las Cortes de amor, y resucitar sus usos y tradiciones, pero pasada la moda no pudo conseguirlo. Sin embargo, estableció la junta poética anual llamada *principe de amor*, á cuyo tribunal concedió todos los derechos del antiguo, y ademas el llamado vulgarmente *BOLA*, contribucion que se hacia pagar á los que pasaban á segundas nupcias para castigar su inconstancia y la infidelidad hecha á sus maridos ó mugeres difuntas, y á los que, ó á las que se casaban con estrangeros, matrimonios que las mas veces forja el interés mas que el amor. Esta contribucion subsistió hasta 1668 en que se quitó por ser onerosa á la nobleza. Pero en 1755 todavía se celebraba en *Aix* en la fiesta del Corpus, el espresado *principe* en memoria de la primera creacion de las Cortes de amor. (1.)

La única noticia que entre los autores franceses y provenzales vemos acerca de España en estas materias, es la que dá *Marcial d' Auvergne*, que dice: que el *Principe de Amor* de *Aix*, era una carga anual que el rey *Ricardo*, el rey don *Alfonso* de Aragon, el Delfin de *Auberna* y el conde de Provenza, llenaban alternativamente, y en su falta los principales señores de la provincia. Mucho mas podríamos decir de las Cortes de amor de la Provenza, pero habiendo escrito el señor Cortada la preciosa novela citada, que

Borrel Catan y de otra multitud de trovadores italianos, provenzales y aragoneses, que fuera larga tarea citarla. Los curiosos que quieran saber mas noticias sobre este asunto, pueden consultar las obras de los autores que hemos citado, el discurso de los arcos triunfales de *Aix* en 1701 por *Gallaup Chasteuil*; la Biblioteca de *Duverdier Vauprivas*, la historia del teatro francés; y la de *Languedoc*, por los *Benedictinos* de San Mauro.

(1) El PRINCIPE DE AMOR, creado por René rey de Nápoles, cuando era conde de Provenza, se componia mitad de caballeros y mitad de damas, pero jamás llegó este tribunal á tener el prestigio que las anteriores Cortes de amor, por que la moda de esta habia pasado, y la civilizacion se habia salido de los estrechos limites de la Provenza y cortes de Aragon extendiendo sus dominios por toda la Europa. Los trovadores se aumentaron prodigiosamente, y contentos con los laureles que recogian en su pais natal, de las manos de la bella que cautivaba sus almas, no aspiraron ya á los que pudieran obtener en una corte lejana de una mano desconocida, por que aunque hermosa, no hacia latir el corazon al plantarlos en la sonrojada frente del vencedor. En fin con las Cortes de amor sucedió lo que con todas las cosas, que pasada la moda, cesa lo sublime en ella y entra el ridiculo á ejercer su poder. El marques de Paulmy en su *Miscelánea sacada de una gran Biblioteca* habla de una Corte de amor celebrada en el reinado de Carlos VI, por la cuñada de este rey, abuela de Luis XIII, cuyo objeto principal era ridiculizar todo lo que habia de mas grave y serio en ellas.

puede llamarse una bien escrita historia á la que solo faltan algunas de las noticias que aqui hemos dado, á ella remitimos á los curiosos, por que en ella y en sus preciosísimas notas, podrán saciar su deseo.

Digamos ahora algo de las Cortes de amor de Aragon. En el código que hemos citado al hablar de *Mosen Borrel Catalan*, dice en una nota: «que en el año 1355, época en que la tía de la bella Laura, querida del Petrarca, presidia la corte de *Aviñon*, pasaron los trovadores *Ramon Castell* y *Martin Reart* de *Tortosa*, á llevar un mensaje de la junta de damas de Barcelona al parlamento de *Aviñon* en solicitud de que se las mandase un traslado del Código de leyes de amor, y añade que la petición iba en buena rima provenzal compuesta por el buen trovador *Pedro Martinez Vidal*, hijo de *Zaragoza*. Siguiendo la nota, haciendo relacion del género de la lengua catalana, viene á parar en la embajada que envió don Juan I de Aragon á fines del siglo XIV á Tolosa, pidiendo mantenedores para establecer los juegos Florales de Barcelona, y dice: «que en aquel tiempo, con motivo de hallarse en *Zaragoza* la dama y poetisa provenzal *Antoñeta de Sallon*, se juntaron las damas aragonesas en Corte de amor, y ante ellas se cantaron lindas trovas, por las que se llevó el premio la dicha dama provenzal, y *Toñon Lastanos* capitán de caballos y excelente trovador.» Tambien dice: «Trovaron las damas de *Tortosa* en tiempo del rey Martin en la casa de *Bertanda Farcadels*, pero no hubo parlamento de amor, y si otra vuelta en Barcelona, bajo las leyes que hizo don Enriquez, gran servidor del rey don Fernando, y sabio hombre de ciencia gaya, y letras y de nigromancia y alquimia conocedor.» Este don Enrique seria el marqués de Villena al que por su saber hicieron en esta época presidente de la junta poética de Barcelona. Nada mas dice el código, pero basta para saber que, como no podia menos, las cortes de amor tuvieron acogida en España como los juegos Florales; si no nacieron en ella en las alegres campiñas de Córdoba, Sevilla y Granada, bajo las inspiraciones del turbante y de la media luna. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que tanto estos actos como los de la galanteria, veneracion y respeto hacia el bello sexo, se han ejecutado en España siendo la nacion que mas tiempo los ha conservado, pues desde los guerreros tiempos de Pelayo, hasta los del galante caballero y poeta Juan II, en todos tiempos y por todas partes, el español ha rendido respetos á las damas y veneracion á la hermosura.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.



ESTUDIOS DE VIAGES.



Primera vista del Monasterio de Troitzkoie.

RUSIA.-MOSCOU.

Al ocuparnos de esta antigua capital de la Rusia tan interesante por la situación como notable por los recuerdos que su nombre trae consigo, trataremos de bosquejar antes de todo y con la rapidez posible las principales fases de su existencia. Algunos creen que su fundación data del siglo IX y reconocen por fundador á Oleg, que gobernaba el reino durante la minoría de Igor, hijo de Burik. Otros, queriendo que su opinión descansa en datos históricos é incontrastables, le dan su origen bajo el reinado de Yury I, esto es, por los años de 1135, alegando que el terreno que ocupaba la actual ciudad formaba parte en 1147 del dominio de un gefe ó general de 1000 hombres, llamado *Koutsko*, al cual impuso el rey la sentencia de muerte por sus demasías y arrogancia, y apoderándose de sus propiedades fundó en aquel sitio un arrabal que tomó el nombre de Moscou, á causa del río que lo bañaba. Pero dejando á un lado conjeturas dudosas ó probables, bástenos saber que durante los primeros periodos del imperio ruso, es decir, hasta el siglo XIV, Moscou, aunque ya poderosa, representaba un papel secundario en las sangrientas y apenas interrumpidas luchas que

agitaban al país, ora por la ambición de los principes, ora por las incesantes revueltas de muchas repúblicas del norte, ó bien por las frecuentes invasiones de los tártaros. En aquellos primeros tiempos tuvo la Rusia sucesivamente tres capitales; la primera fué Novgorod, donde Rurik el Grande echó en 862 los cimientos de la dominación rusa; veinte años después se trasladó la silla del imperio á Kief, cuyo clima era mas dulce y que estaba algo mas iniciada en la civilización griega, y por último en 1167 la gran política del principe Andrés declaró capital á Vladimir, porque su situación parecia colocarla al abrigo de los males de la invasión y de la guerra; tal era pues el estado de cosas y así permanecieron hasta 1528, época en que la gran Moscou, alzándose á mayor altura que sus tres antiguas capitales lo fué á su turno, reuniendo en su centro todo el poder del imperio. Sin embargo, la supremacía de Moscou no se aseguró completamente hasta la total dominación de sus principes sobre los grandes principes de Tiver, para la cual concurrieron muchas causas. Por una parte, la posición de Moscou entre Tiver y Vladimir, y la inconstancia de los Novgorodianos limitaron estrechamente á los principes de Tiver; y por otra el apoyo del Khan de los tártaros fué un poderoso auxiliar. No tardó Ivan, apellidado *Kalita*, principe de Moscou, en hacerse dueño de Vladimir y Novgorod, cuya doble posesión distinguía

siempre al gran principado, y obligando á todos los príncipes rusos á obedecer sus órdenes y ganando por dinero á la metrópoli, abandonó esta á Vladimir y fué á residir á Moscou, lo que fijó definitivamente la posición de la gran ciudad como capital del imperio. Hasta entonces incierta y vacilante la autoridad soberana, pues dependía unas veces de la victoria, otras de la intriga ó bien de la casualidad, estaba naturalmente falta de fuerza y de medios de conservación, pero al entronizarse en Moscou adquirió cuanto le faltaba y pudo asegurar las ventajas de la gloria y de la duración. El principio de sucesión directa y continuada, afirmó la corona en las sienes de los príncipes, y dió á los rusos además de la idea de su fuerza, un espíritu público que los alentó en extremo; obra inmensa y fecunda que dió principio á una nueva era para la Rusia y colocó á Ivan I en el número de los soberanos mas notables del norte. En efecto no solo tuvo este príncipe el honor de

fundar tal orden de cosas, sino aun el de abrir y trazar tan profundamente la senda que debía conducir á la unidad monárquica y mostrar su dirección con tanta claridad á sus sucesores, que estos no tuvieron mas que perseverar en esta única vía de salvación en que entonces podía marchar la Rusia; gracias pues á su hábil y previsora política, puede considerarse á Moscou como la cuna de esa autocracia siempre creciente que, desarrollándose y regularizándose con los siglos, ha concluido por estender su centro dominador sobre dos grandes porciones de la Europa y del Asia. Cerca de 400 años reinó Moscou sobre las demás ciudades de Rusia, cuando á principios del siglo pasado, Pedro el grande ó mas bien el genio de la civilización moscovita, creyó oportuno trasladar la quinta capital á la frontera del norte, al nacimiento del golfo de Finlandia, precisamente sobre la misma orilla de donde habia salido 840 años antes, el barbaro Rurik, para fundar el gran imperio.



Segunda vista del Monasterio de Troitzkoie.

Pasemos ahora á dar una idea del estado físico de la antigua capital del imperio ruso, antes y despues del famoso incendio que la consumió casi enteramente hace mas de treinta años. Cuentan las historias que al divisar el grande ejército francés en 1812, á Moscou *la de las cúpulas doradas*, como la llaman sus poetas, se detuvo y permaneció algun tiempo absorto al contemplar tan rara grandeza, y á la verdad no pudo ser de otra suerte al ver en un espacio de diez leguas geográficas de circunferencia, aquella inmensa y sorprendente reunión de 500 iglesias y 1500 castillos con sus jardines y dependencias; aquellos palacios de piedra en cuyos dilatados parques alternaban la preciosa casa de madera con las mas sencillas y rústicas cabañas; aquella multitud de edificios cubiertos de hierro bruñido y pintado con el mayor gusto; sus innumerables torres adornadas en la cúspide con esferas de oro, sobre las

cuales ya se ostentaba la santa cruz de Cristo sobrepuesta á la media luna de Mahoma, y elevándose todas ellas en medio de los grupos de palacios ó castillos; y ultimamente aquella inmensa y magestuosa fortaleza del Kremlin cuyo recinto de media legua de circunferencia comprendia aun muchas iglesias y palacios, y sobre todo el grandioso *bazar* ó mercado con sus cincuenta galerías embellecidas en su fachada por elegantes arcos. Tal era en efecto el cuadro magnifico que presentaba á los ojos del viajero la antigua corte de las Rusias, y tales las bellezas que sus habitantes entregaron á las llamas por no verlas en posesión del grande usurpador del siglo. Sin embargo á los pocos años se la vió de nuevo aparecer con no menos esplendor y grandeza, y si bien hoy día no tiene la regularidad de San Petersburgo, preciso es confesar que su punto de vista es mucho mas interesante.

El interior de la poblacion contiene muy pocos ó ningun edificio de madera, y la construccion de sus casas es en general sólida y elegante. Se divide como antiguamente en cuatro partes principales: el Kremlin ó la Ciudadela, que es un inmenso poligono rodeado de fuertes murallones y que comprende el palacio del patriarca, el senado, el arsenal, la catedral de la Asuncion, la iglesia de la Anunciacion y la de San Miguel, y el antiguo palacio de los Czars contiguo al imperial, edificado bajo el reinado de Isabel. El tesoro de esta parte de la ciudad encierra una multitud de objetos preciosos, y al contemplar cada uno de ellos pertenecientes á los diversos monarcas desde Uladimir Monómaco hasta Catalina II puede decirse que se recorre la historia del imperio, renovando en la imaginacion todos los memorables sucesos de que ha sido teatro. Hace parte del Kremlin el *Kitaigorod* ó ciudad chinesca, que forma un poligono irregular al rededor de la primera fortaleza y orillas del Moscoiva, y se le dió ese nombre porque hubo un tiempo en que las carabanas de la China iban á aquel punto á hacer su comercio. Entre la multitud de cosas notables que encierra esta primera parte no debemos pasar en silencio el campanario de Ivan Velikor, que aislado de los demas edificios tiene 200 pies de altura, sin contar la cúpula cubierta de oro fino que tiene 57, y la cruz tambien de oro, que tiene 18 y que desapareció cuando la invasion francesa; este campanario contiene 52 campanas entre las cuales está la del famoso campanario de Novgorod, que tantas veces llamó á los ciudadanos á la matanza. La segunda parte es el *Beloigorod* ó ciudad blanca que rodea á la anterior, y en la cual estan comprendidos entre otros edificios el depósito de artilleria, la universidad, el seminario de nobles, la escuela de los armenios, la academia médico-quirúrgica, la direccion de minas, el teatro imperial, el depósito de materiales para incendios, los palacios del gobernador civil, del gobernador general y del ministro de policia, el gimnasio del gobierno y la casa imperial de niños expósitos, que es sin duda la mas espaciosa, bella y mejor cuidada de toda Europa. La parte tercera es el *Zemlanoigorod* ó la ciudad de tierra, que sirve, por decirlo así, de cintura al cuartel anterior; esta contiene ademas de una multitud de iglesias y conventos, la manufactura de las telas de la corona y la escuela de comercio; y finalmente la cuarta parte llamada los *Slobodes* que son los barrios ó cuarteles comprendidos en el recinto de la ciudad, y en que hay muchos palacios y establecimientos principales ya militares, de instruccion pública ó beneficencia; los *Slobodes* estan rodeados por un foso y hay cinco puentes para cada uno de los rios el Moscoiva y el Jousa.

Bien se habrá echado de ver en lo que hasta aqui llevamos dicho de esta célebre ciudad, que lo que mas en ella abunda, y lo que parece haber ocupado mas asiduamente la atencion y trabajo de sus moradores, ha sido la fabricacion de los edificios consagrados á los cultos religiosos, lo cual le ha valido el nombre de *Ciudad Santa* y tan exacto, en parecer de algunos ha sido, este nombre que dicese había en Moscou antes del incendio de 1812 cuarenta veces cuarenta templos, de donde el número cuarenta se ha hecho sagrado para los rusos. La arquitectura de sus templos ha sido objeto de frecuentes controversias entre los arqueólogos, pues aunque todos convienen en que la configuracion de sus cúpulas son próximamente del gusto oriental, no ha podido descifrarse aun su semejanza á las mezquitas de Santa Sofia en Constantinopla ó á los antiguos templos de la Grecia ó del Asia Menor, y solo algunos han creído hallarles algun punto de contacto con los panteones de los reyes persas. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que merece atencion la estraneza de las formas, en cuyo concepto merece el primer lugar la iglesia de Vassili-Blagennoi, creacion maravillosa de una fantasia desordenada. Entre la multitud de conventos que hay dentro y fuera de las murallas, es el principal el monasterio de Tchoudoff, en donde estan deposi-

tadas las cenizas de san Alejo su fundador, y á donde fué confinado el metropolitano Isidoro por órden del principe Vassili Vassilievitch, á causa de haber querido aquel reunir las dos iglesias reconociendo la autoridad del Sumo Pontífice. Son tambien de notar el convento de Vosuesseynie, fundado por la princesa Eudoxia, el monasterio llamado de Zuamenskoï, el de Petroff que contiene seis templos, el de Stretenie y otros. Dos de las láminas que acompañan á este artículo representan bajo dos distintos puntos de vista el monasterio de Troitzkoïe, que es sin disputa el mas espléndido del imperio ruso despues del de Petchersck en Kieco, se halla bajo la proteccion de la Santísima Trinidad y ostenta una riqueza superior á toda ponderacion, la cual era aun mayor antes de haber mandado la emperatriz Catalina que los terrenos de los conventos se reuniesen al fisco y se arrendasen para emplear el producto en el mantenimiento del clero regular. El monasterio de Troitzkoïe está situado en un distrito de Moscou que comprende el camino real á Rostow sobre una altura que domina á otras de menos elevacion, de modo que se divisa á tres leguas de distancia. El origen de dicho monasterio es el siguiente. A principios del siglo XIV, se retiró san Sergio á los bosques que ocupaban el sitio actual del monasterio y allí edificó una pequeña ermita y una capilla de madera bastante reducida, la cantidad del anacoreta llamó pronto á otros varones piadosos que tuvieron que construir otras celdas que les sirvieran de habitaciones. Largo tiempo estuvieron estos frailes sin pasar del número de doce, pero aumentó despues considerablemente y de ahí nació primero el monasterio y luego el burgo de Troitzza. Despues de muerto el santo fué todo desolado por una invasion de tártaros, pero posteriormente volvió á alzarse con doble pompa y magnificencia, merced á los cuidados de un ermitaño á quien auxiliaron los grandes con sus beneficios y liberalidades. Sin embargo, el poder y fama del monasterio unicamente se deben á su fundador, que en 1580 decidió al gran duque Dmitri Ivanovitch no solamente á resistir á los tártaros sino á perseguirlos mas allá del Don. La victoria justificó sus presentimientos y valió al gran duque el sobrenombre de Douskoï, llegando á tal punto su agradecimiento al santo que fueron innumerables las mercedes que hizo al monasterio, y recomendó á sus sucesores que le imitaran, lo cual hicieron estos á porfia.

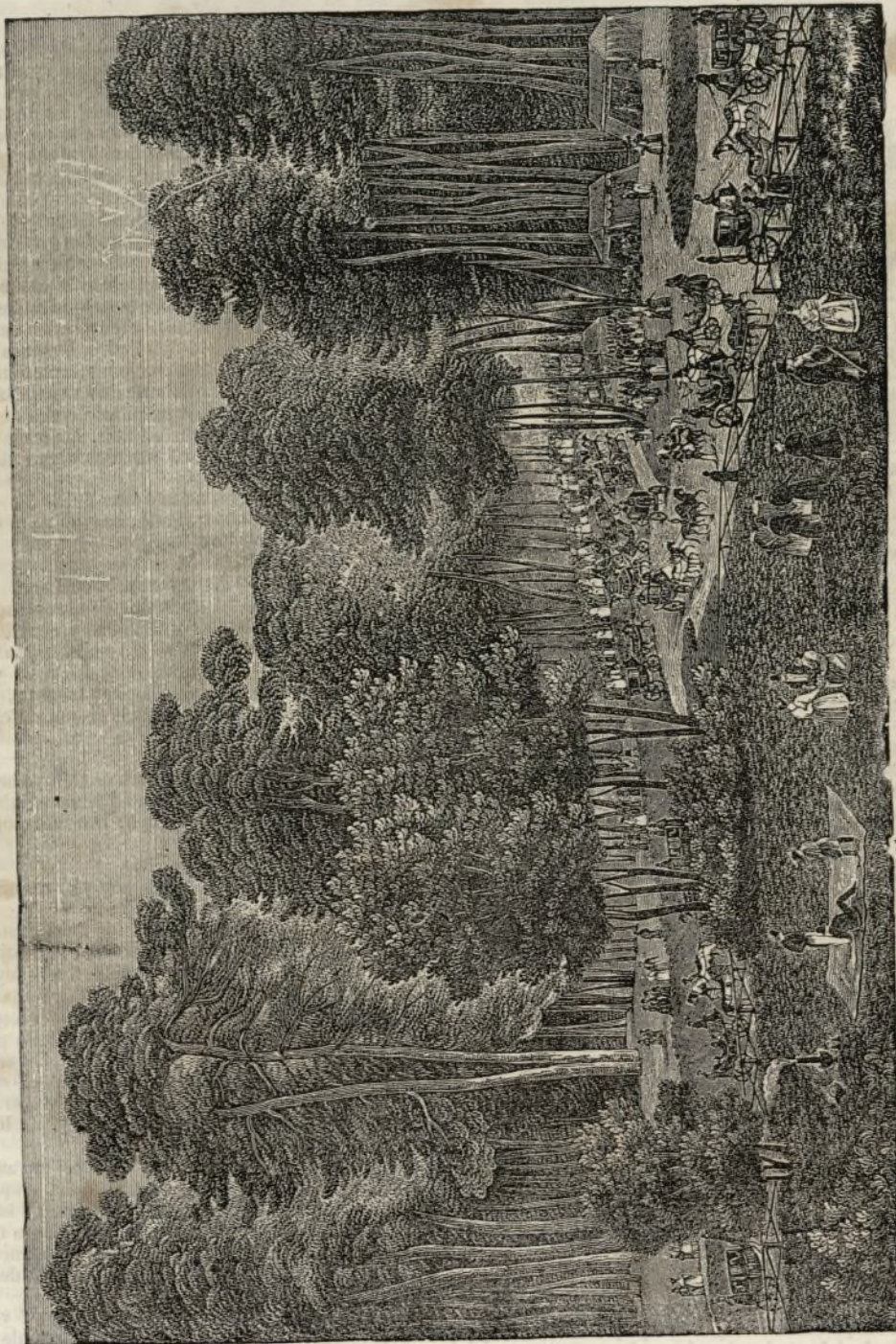
El monasterio de Troitzkoïe está rodeado con fuertes murallas, flanqueadas con ocho torres góticas, cuatro de ellas colocadas en los ángulos y cercadas de baluartes; á la parte del este hay un foso cubierto de mazoneria y dos fuentes de ladrillo. El templo principal ó de la Trinidad se edificó sobre el sepulcro de san Sergio: la mayor parte de las estatuas que allí se ven, son de plata maciza y ademas contiene inmensas riquezas que consisten en vasos sagrados, arañas, candelabros y otros ornamentos de oro cubiertos de riquísima pedrería. El gran campanario, obra de hermosa arquitectura, se concluyó bajo el reinado de la emperatriz Catalina II. Contiene el monasterio en todo nueve iglesias, varias capillas, grandiosos refectorios, el palacio imperial, el del arzobispo, y un seminario en que mas de trescientos discipulos reciben una instruccion brillante, en una palabra el monasterio de Troitzkoïe no solo es uno de los mas suntuosos que se conocen, sino de los mas fecundos en acontecimientos históricos, en hombres célebres que ha dado al mundo y en grandes servicios hechos á la patria.

Acaso juzgarán algunos que el pueblo ruso, esclavo siempre de las preocupaciones mas ridiculas une á su devocion exagerada, que solo consiste en las practicas exteriores, un odio inveterado á los que profesan cultos diferentes; pero muy lejos de eso, acaso no haya nacion que lleve la tolerancia á mas alto grado. El ruso guarda sus saluciones y señales de cruz para sus imágenes y sus templos, pero no tiene escrúpulo alguno en introducirse en otros templos consagrados á un culto diverso del suyo, con-

servando en ellos la mayor compostura y respeto. Por lo demas, debemos decir sin temor de que se nos desmienta que el clero de Rusia goza de poquísima consideracion, y á no ser algunos obispos, su influjo es nulo en el pueblo. Los ministros del clero secular deben estar casados y aun cuando sus esposas mueran no pueden permanecer libres y viudos, pero los arzobispos, obispos y metropolitanos,

lo mismo que los ministros adjuntos á alguna orden monástica deben guardar un perpetuo celibatismo.

Los alrededores de Moscou presentan muy pocos atractivos, aunque sus bosques son sumamente frondosos como muestra la lámina que representa el de Sakolniki con su bello paseo de 1.º de mayo, y anuncian sobre todo un clima mas templado y suave que el de San Petersburgo.



Paseo del 1.º de Mayo.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

ANTHELMO COLLET.



e esta suerte no habeis podido adquirir noticia alguna acerca del desgraciado capitán Tolosant?

—Ninguna. Unicamente, sé que el solo se ha salvado de toda la tripulación.
—¿Y no se sabe donde para?

—Se le ha visto en Civita Vecchia, junto á cuyo puerto naufragó el navio que le conducia; pero esto hace un mes que sucedió, y despues no he oido hablar mas de él.

—Esto es sensible. El pobre capitán estará acaso en la indigencia, y tendríamos tanta dicha en socorrerle!..... Es natural de Leon, y este titulo basta para Monseñor: este es el que me ha encargado de averiguar su paradero: va á desazonarse con las nuevas que me dais.

—Monseñor el cardenal Fesch, no puede dudar de mi afecto hacia su persona y de mi celo en servirle. Haré nuevas indagaciones, y conseguiré, segun espero, resultados mas satisfactorios.

—¡Dios lo quiera! pues por lo que á mi toca me intereso vivamente por este jóven. He sido amigo de su padre: estaría contento de que se me presentase la ocasion de ser útil al hijo, á quien no he visto nunca, pero debe ser un jóven muy honrado; su conducta es bastante prueba.

—Solo se habla en Roma del peligro que ha corrido y cuyos detalles se han publicado en los diarios. Aunque el mas jóven de los capitanes, parece que era el mas versado é instruido. La cargazon que ha perdido en su naufragio dicen que era muy preciosa.

—Por estas causas quisiéramos precisamente socorrerle. ¡Son tan pocos los valientes en estos tiempos!

—El correo de mañana acaso nos traera alguna noticia. Trataré de venir en persona á comunicároslo en cuanto llegue.

—Mañana tengo que salir muy temprano para ir á San Pedro, á fin de hacer pintar una capilla que Monseñor quiere erigir en Leon, pero volveré á medio día.

—A medio día estaré en vuestra casa, por si teneis que darme alguna noticia.

A estas palabras habiendo llegado los dos interlocutores al frente de un magnífico palacio, se separaron despues de haberse dado las manos. El uno entró en esta brillante fonda: este era el abate Fauh, mayordomo de la casa del cardenal Fesch: el otro se dirigió á la embajada de Francia en la cual estaba empleado.

No habian advertido estos individuos á un hombre que les seguia, y que habia escuchado su conversacion con mucho interés. Este permaneció algun tiempo paseando al rededor del palacio del cardenal, abnegado en sus pensa-

mientos y como meditando un proyecto en el que encontraba dificultades: sonriéndose despues de repente y con malicia, se pegó una palmada en la frente, y volvió con la mayor rapidez á su morada al traves de las calles de Roma que las gentes comenzaban á invadir. Detúvose en una taberna bastante hermosa en la apariencia y subió al cuarto que ocupaba hacia tres dias. Echó segunda vuelta á la llave, examinó con cuidado si alguna mirada curiosa podia penetrar en su cuarto, abrió una maleta, apretó un resorte que descubrió un doble fondo y sacó de él papeles y varios instrumentos. Pasó parte de la noche ocupado en un trabajo misterioso, que solo él comprendia. Habiendo amanecido, se vistió con elegancia, volvió á leer con atencion los papeles que habia dispuesto durante la noche, púsoles en una cartera, y se dió prisa para ir á San Pedro. Despues de haber recorrido la iglesia en todas direcciones, como un extranjero recién llegado, se paró delante de una capilla que uno estaba pintando. Un sacerdote se hallaba cerca de él y seguia su trabajo: este era el abate Fauh. Acércase el desconocido con disimulo al pintor, examina algun tiempo su pintura y esclama:

—No he visto nunca un retrato mas fiel.

A estas palabras el abate Fauh, se vuelve al desconocido y le dicen con emocion:

—Señor, ¿es vd. francés?

—Si señor, respondió éste, y nacido en Leon.

—¡En Leon!... Gozoso estoy señor de encontrar aqui un compatriota: soy del mismo San Esteban y aprecio á todos mis paisanos.... ¿y qué buen viento os ha traído á Roma? añadió el anciano lleno de alegría.

—¡Ay! respondió el desconocido, con tristeza, al contrario, un viento malo me arrojó hacia la eternal ciudad.... he naufragado.

—¿Vos?

—Yo mismo. De toda mi tripulacion solo yo he podido salvarme, y sin embargo he sido el último en abandonar mi navio, como el primero en cumplir con mi deber: yo era el capitán.

—¡Capitán! Entonces sois?...

—Si deseais saber, señor, quien soy yo, examinad estos papeles y ellos os lo dirán.

A estas palabras saca el desconocido de su cartera muchos papeles impresos al principio de las hojas, con sellos de diferentes colores, y el abate Fauh leyó felizmente el nombre de *Capitán Tolosant*.

—¡Vos sois! vos sois exclamó el buen sacerdote, abrazándolo con ternura. Teniamos mucho cuidado por vos: habiamos hecho escribir al embajador de Francia para que adquiriese alguna noticia. Monseñor el cardenal Fesch se halla interesado en extremo por vuestra suerte desde que supo vuestro triste naufragio, y por lo que á mi toca, soy un amigo de vuestro padre.

—¿Qué me dice vd., señor?... ¿encontrar un amigo de mi padre en Roma, la proteccion del tío del emperador, en los momentos en que la rica cargazon de mi navio ha sido sumergida en las olas?... todo esto es obra de Dios.

—Si, ciertamente, es la mano de la Providencia..... pero venid conmigo, seguidme, pues tengo vivos deseos de presentaros á Monseñor.

—Estoy á vuestra disposicion, señor abate, y quiero con extremo dar á su eminencia un testimonio de la mas sincera gratitud que me inspiren sus bondades.

A estas palabras salieron los dos de la basilica y encontraron en la puerta un carruaje que estaba esperando: era el capitán. El abate se admiró de un lujo tan inesperado.

—Todo esto es lo que me resta de mi antiguo esplendor, dijo el capitán; pero aunque mi posición haya cambiado repentinamente, no he tenido valor para desprenderme de mi carruaje: tanta es la costumbre de tener uno mientras que estoy en tierra. Que quiere vd! acaso no tengo razón, pero me han educado de este modo.

—Ya lo sé: vuestro padre es muy rico, y á pesar suyo habeis seguido una carrera tan azarosa!

—Tampoco tengo grandes recursos para que pueda esperar á que por su parte me indemnice de mi desastre, y si no se me socorre...

—Tranquilizáos, no lo habeis perdido todo, y gracias á la protección de Monseñor...

—¡Oh! si su eminencia me hace la justicia de persuadirse que puedo merecer algun crédito para con él, si quisiera dar un asilo en su palacio á un pobre naufrago, estoy seguro de hacer antes de un mes en Roma, negocios que me permitirán recobrar las considerables pérdidas que acabo de experimentar.

—Yo os respondo de la benevolencia de Monseñor: pertenecéis á su diócesis y soy el amigo de vuestro padre para responder de vos, y esto basta. Ya estamos en palacio: subid por la escalera principal, decid al alguacil que venis de mi parte para la audiencia de Monseñor: yo voy á su gabinete á prevenirle de vuestra llegada.

El capitán siguió exactamente la instrucción del abate Fauh, y habiendo llegado á la antecámara que estaba llena de gente esperando el momento de la audiencia, se mantuvo modestamente separado para hacerse notar mas. En efecto, los ociosos y los pretendientes que allí se hallaban se perdían en conjeturas acerca de este hombre, ante quien el alguacil estaba inclinado despues de haber oido algunas palabras pronunciadas en voz baja. El traje del capitán anunciaba cierta grandeza: sus modales corteses y bruscos algunas veces, contrastaban con su fisonomía, que sino hermosa, á lo menos era original; y la maligna sonrisa que asomaba á sus labios excitaba muy particularmente la admiración de los espectadores. Al cabo de un cuarto de hora salió el abad Fauh del aposento del cardenal, se dirigió derecho á él y le dijo de modo que pudiese ser oido:

—Venid, mi querido capitán Tolosant, ahora quiere recibirlos su eminencia.

A este nombre, pronunciado en alta voz se acercaron los concurrentes para ver de mas cerca al que en un reciente naufragio se habia conducido con tanto valor como energía, y comprendiendo el capitán este movimiento, saludó con la mano á la multitud y entró en el gabinete del cardenal con todo el orgullo de un marino.

El cardenal le acogió con aquella bondad afectada, que denota mas bien el deseo de publicar un beneficio que el de dispensar un simple favor: hizole algunas preguntas acerca de su situación, y le rogó le refiriese todos los pormenores de su naufragio junto á Civita-Vechia. El capitán sin turbarse hizo una relación animada de los peligros que habia corrido, derramó lágrimas al hablar de la muerte de sus compañeros, y acabó por dar gracias á Dios de haberse salvado por milagro para tener la felicidad de interesar á un prelado tan poderoso.

Esta narración habia casi conmovido al cardenal. Por lo que toca al abate Fauh, lloraba sinceramente y apretaba las manos de su compatriota. El cardenal dijo entonces:

—Veo que los diarios nos han hecho una relación fiel de vuestro naufragio; por que, escepto algunos pormenores, no habeis hecho sino repetir lo que nos han dicho. Compadeczo vuestro infortunio y me place el poderos manifestar la estimación que hago de vuestro valor. Os alojareis en mi palacio hasta vuestro regreso á Francia, y escribiré

TOMO IV.

al emperador para que os conceda la cruz de la legión de honor, que tan justamente mereceis. ¿Y ahora qué puedo hacer por vos en este momento?

—Monseñor, respondió el capitán, concededme vuestra santa bendición.

—De muy buena gana, dijo el cardenal estendiendo las manos sobre la cabeza inclinada del capitán, mientras que el abate Fauh decia entre dientes con ternura.

—¡Estos valientes marinos todos tienen religion!

—Pero mi bendición no basta, añadió el cardenal, es preciso, ya que estais en Roma, que recibais la de nuestro venerable santo padre. Ahora mismo voy á estar con él y os presentaré á su santidad: el abate Fauh vá á disponer que se os dé todo lo necesario para que lo podais verificar.

A estas palabras lo despidió el cardenal, y el capitán siguió de nuevo al buen abate, el cual lo condujo por una escalera pequeña al aposento que le estaba preparado. Aquí encontró el traje que habia llevado el cochero por orden del cardenal. Los criados procedieron al momento á vestirlo, y al cabo de media hora estaba en el carruaje del cardenal, vestido á la francesa y con la espada ceñida al costado. Llegaron muy pronto al palacio del soberano pontífice, el cual empleó palabras de bondad y de consuelo para hablar al capitán, y le dió su bendición como á uno de sus queridos hijos. Deseando despues el cardenal quedarse solo con Pio VII para ocuparse de los negocios del emperador, el capitán regresó á su casa, acompañado del abate Fauh, el cual lo dejó en su aposento para que descansase.

Apenas se vió solo y blandamente recostado en su ancho sofá se le escapó una risotada, comprimida hasta aquel momento. Este falso capitán no era otro que *Anthelmo Collet*, el ladrón mas diestro que ha existido en nuestros dias.

Nacido en Belley, departamento del Ain el 40 de abril de 1785, Anthelmo Collet, solo tenia en esta época 25 años. Hijo de un hombre muerto muy jóven en los campos de batalla en tiempo de la república despues de haber llegado al grado de oficial superior, quedó bajo la custodia de su abuelo, carpintero de profesion, y que veia en él un sucesor; pero Collet no quiso aprender el oficio que se le destinaba: astuto, audaz, ingenioso, lleno de ambición y de codicia, pero perezoso y fantástico, empleó todos los medios para conseguir su objeto, que era no solamente la riqueza, sino los honores y el rango. ¡Estraña organización del hombre que quiere adquirir por el crimen lo que solo se otorga al mérito y á la pureza de la vida! sucesivamente oficial, abad, noble, marino, párroco, general, hermano ignorantino, y obispo, tomó de todos los rangos su porte de existencia en este mundo, y de todos los crímenes los medios de llegar á ellos. Solo retrocedió ante uno, el asesinato: bajo este aspecto, las mas severas investigaciones no pudieron suministrar la prueba de un atentado de este género. Enemigo de la sociedad, por que no tuvo valor para someterse á sus leyes, la combatió con la astucia, se aprovechó de sus faltas, aduló sus vicios y desplegó mas recursos y talento para adquirir esta posición, que debia conducirle á las mazmorras, que los que le hubieran sido precisos para llegar á los primeros empleos. Collet bajo este punto de vista es el verdadero *salteador filósofo*. Lo que hay todavía de mas notable es, que él solo concibió y realizó todos sus proyectos: los que parecían sus cómplices solo eran sus instrumentos. Se hizo alguna vez ilusiones, hasta el punto de creer que el rango que habia usurpado á la sociedad, le pertenecía legítimamente: tal era el carácter de verdad que daba á los diversos papeles que le habian hecho representar la necesidad ó su capricho. En una palabra, ha realizado la ficción de *Guzmán de Alfarache* y como el héroe de *le Sage*, ha concluido en las galeras.

Irritados sus parientes por su poca aplicación y por algunas travesuras que calificaban de niñadas, y que solo eran el preludio de su conducta venidera, lo enviaron á Chalons sobre el Saona. Fué puesto al cuidado de

un venerable eclesiástico, cura de San Vicente, el cual lo tuvo dos años á su lado. Al cabo de este tiempo hizo valer los servicios de su padre y obtuvo una dotación piadosa en el liceo de Fontainebleau. Salio del liceo con el grado de alférez y fué incorporado en la 101 y media brigada de guarnición en Brescia. Su juventud le hacia todavía crédulo y tímido, y su falta de experiencia para las cosas del servicio le hacia dudar de sí mismo. Se dirigió francamente á su sargento mayor para pedirle consejo. Este antiguo oficial no habia visto sin envidia á un *barbampino*, nombrado para la plaza que él creia merecer y se alegró de poderle jugar una de aquellas pasadas que eran muy comunes en aquella época. Entre otras cosas le dijo que su mas formal deber era pedir al capitán la *pedra de hundir el mundo*. Sorprendido Collet con estas palabras, rogó al sargento mayor, se las explicase, el cual con el aire mas serio le aseguró que aquel era un lenguaje convencional, inventado en tiempos de guerra para que no pudiesen entenderlo los espías enemigos. Persuadido Collet con estas palabras, se dirigió á casa de su capitán y le hizo la súplica. El capitán, despues de haberse reido mucho de su credulidad, le desengañó, y castigó severamente al sargento mayor; pero se esparció demasiado esta aventura y circularon las chanzas mas mordaces en todo el regimiento hasta entre los soldados. Estas chanzas para un hombre tan vano como Collet eran mortales, ensayó todos los medios de hacerlas desvanecer; pero fué en vano. Le siguieron á Nápoles, adonde fué enviado: de allí á Fondi, donde esperimentó nuevos disgustos siempre con motivo de esta aventura. Por último incomodado de todas estas supercherias, resolvió vengarse, descubriendo él mismo esta *pedra para hundir el mundo*, decidido á usar de ella anchamente hácia sus semejantes. Cumplió esta resolución, y su vida lo va á probar.

No tardó en encontrar la ocasion de poner su proyecto en ejecución. Herido de bastante grande gravedad en una escaramuza, fué llevado al hospital: allí tuvo ocasion de ver muchas veces á un cura llamado Chicora, que le tomó por amigo. Collet tuvo cuidado de crearse una familia que pudiese aumentar el interés que el buen cura le manifestaba. Hablaba sin cesar de Mr. el *marqués de Collet* su padre, de su deseo de volver á Francia y del fastidio de verse precisado á pasar su convalecencia en el hospital. El cura Chicora le ofreció su casa de campo que podria habitar hasta su perfecto restablecimiento ó hasta que recibiese noticias de Mr. el *marqués* su padre: Collet no rehusó esta oferta y se aposentó en casa del cura. Pero tenia necesidad de dinero, y algunas cantidades tomadas del cura, que le habia abierto su bolsillo, no le eran suficientes. Inventó pues el medio siguiente.

Se entendió con el cartero y le entregó dos cartas, cuyo timbre habia imitado, una con su propio sobre, y la otra con el del cura. Durante la cena por la noche llegó el cartero con el paquete.

—Esta es la letra del *marqués* mi padre, exclamó Collet; y despues de haber leído rápidamente, fingió encontrarse malo. El cura se acercó á él apresuradamente; y vuelto Collet de su desvanecimiento, le dió á leer la carta de su padre, la cual estaba concebida en estos terminos:

«Señor,

Acabo de recibir vuestra carta que me dice que hay un cobarde en nuestra familia y que tengo la desgracia de ser su padre. Habeis abandonado cobardemente vuestras banderas y os doy mi maldición. Sois indigno del nombre de caballero de Collet que llevais. No volvais á presentaros delante de mí; me avergonzaré demasiado de vuestro propio deshonor. A dios.»

«El que se averguenza de ser vuestro padre

Marqués de Collet.»

No os contristeis así, dijo el cura: si el *marqués* os dirige el lenguaje de un gentil hombre, á mí me habla como un padre. Me recomienda mucho que no os comunique la carta que me escribe; pero al veros tan afligido, falto á la discrecion que él me exige. Tomad, leed y tranquilizaos.

La carta contenia estas palabras:

Señor cura,

«La carta que acabo de recibir de mi hijo, me participa que habeis tenido la bondad de recogerlo en vuestra casa, y que tomáis por él todos los cuidados imaginables. Es jóven y sin experiencia; os lo recomiendo: yo os pasaré su pensión por el banco de Nápoles. Os ruego que le dejeis ignorar que yo os he escrito y que pago su manutencion en vuestra casa. Tenga vd. la bondad de responderme á correo seguido. He aquí mi sobre: Mr. el *marqués* de Collet, grande oficial de la legion de honor cerca de Monturphie, cerca de Dijon (Costa de Oro.)

Soy con veneracion, señor cura, vuestro humilde servidor,

Marqués de Collet.

Pero Collet solo se consoló á medias con esta lectura, y decia sin cesar al cura, que su situacion era mas penosa que lo que él pensaba, y que no sabia todo. Instado por Mr. Chicora para que le abriese su pecho, se arrojó á sus pies y le confesó que enternecido por la gracia y especialmente por su ejemplo, queria entrar en las órdenes y abandonar el estado militar. El buen cura lo levantó con lágrimas de gozo y aprobó enteramente su resolucion, que daba á la iglesia un miembro de la nobleza francesa. Entonces le espuso Collet las innumerables dificultades que tenia que vencer. Primero desaprobria su padre este proyecto y lo trataria de cobarde; despues suprimiria la pensión, y Collet confesaba tener deudas de honor que satisfacer, para las cuales necesitaba una suma considerable. El cura removió este obstáculo prometiéndosela; pero faltaba dejar su regimiento sin que se le acusase de desercion. El cura vino entonces á su socorro proponiéndole un cambio de nombre y su proteccion para cubrir este piadoso fraude. Una vez que Collet llegase á ser sacerdote, el cura se encargaria de arreglarlo todo, tanto con respecto al gobierno, como con el *marqués* su padre. Collet cedió á todas sus promesas, la primera de las cuales, la suma que habia pedido, se realizó á la hora. De este modo conseguia su objeto principal que era dejar las filas del ejército francés donde podia perseguirle aun la chanza sobre la aventura de Brescia. Por otra parte con sus inclinaciones y su inconstancia natural, no podia mantenerse en una carrera que solo le ofrecia una posicion regular, mientras que la fortuna se le presentaba en el estado eclesiástico en primera línea en Italia, y tuvo la destreza de hacer cómplice de su crimen al digno cura Chicora.

Todo salió conforme á los deseos de Collet. Con la ayuda de algunas cartas falsas de su noble padre, entretuvo todavia algun tiempo la credulidad del cura, y entró por último, gracias al crédito de este hombre valeroso, y con el mayor sigilo, entre los misioneros de San Pedro. Fué recibido allí con muchas consideraciones por el superior, que creia firmemente en su supuesta nobleza. Se le enseñó todo lo que era menester saber de latin para ejercer el estado eclesiástico. Pasó en esta casa muchos años, en cuyo tiempo recibió las órdenes menores y el subdiaconado de las manos de Monseñor de Rosa su obispo. Este género de vida le convenia bastante en un principio, á causa de la libertad que gozaba particularmente, y de las atenciones de que se hallaba rodeado. Cierta travesura con la hija de uno de los arrendatarios de la casa, contribuyó á prolongar su mansion entre los misioneros;

pero al fin de algun tiempo le declaró la joven que se hallaba á punto de ser madre. Con esta novedad previó todos los inconvenientes que podría ocasionarle un acontecimiento de este género. Principió por otra parte á cansarse de la vida monótona que se hacía en el convento, la cual no convenia ya ni á su genio, que tenía necesidad de vencer obstáculos, ni á sus deseos que no podian ser satisfechos, ni á su ambicion que carecia de alimento. Resolvió, pues, probar todavía la vida aventurera y dejar á los misioneros; pero no podia verificarlo sino de una manera digna de él, y escogiendo un nuevo cómplice. Esta vez lo queria mas poderoso que el cura, y para esto se dirigió al primer ministro del rey de Nápoles, entonces José Napoleon.

El convento de los misioneros era el objeto de una vigilancia enteramente severa, porque se le creia opuesto á la dinastía de Napoleon y en estado de conspiracion permanente. El primer ministro iba de tiempo en tiempo á visitar á la comunidad. Collet supo fijar su atencion, y muy pronto lo adoptó aquel por amigo. Conociendo entonces el objeto de sus visitas, le hizo muchas revelaciones de alguna importancia. El ministro solicitó de él nuevas entrevistas, prometiendo su proteccion y dinero. Collet aceptó uno y otro, y exigió tambien poder salir del convento y servir en el ejército napolitano: allí á lo menos no tendria que sufrir por su aventura de Brescia, y en aquel tiempo de guerra y de revueltas, en que la corona de José se hallaba vacilante, podría aprovecharse hábilmente de las circunstancias, no cuidando de apresurar la ocasion aun cuando tardase mucho tiempo en presentarse. Se habia creado una nueva familia italiana y noble, y por el mismo medio que habia hecho creer al abate Chicora que tenia la maldicion de su padre el marqués, si abandonaba la espada por el hábito, hizo creer al ministro que corría igual riesgo con su nueva familia si abandonaba el hábito por la espada. El ministro, como el cura Chicora, removió todos los obstáculos y prometió el secreto. De allí á poco tiempo, habiendo Collet sorprendido un nuevo proyecto de conspiracion, se dirigió apresuradamente á Nápoles cerca del ministro, á quien lo descubrió. Pidió el cumplimiento de las promesas que se le habian hecho, no pudiendo ya en adelante volver á entrar en el convento sin comprometerse. El ministro se portó lealmente: le dió una suma alzada y lo envió á San German, pequeña ciudad, á treinta leguas de Nápoles, en calidad de subteniente del sexto regimiento de línea que guarnecía este punto.

Collet llegó al lugar de su destino con la bolsa bien repleta y recomendado muy especialmente por el ministro. El gasto que hacia, el crédito de que parecia gozar, y la ilustre familia que se habia creado, hicieron muy agradable su mansion en esta ciudad. Se habia relacionado particularmente con el hijo del coronel á quien prestó dinero. Esta circunstancia fué la que lo salvó. Un dia que se paseaba tranquilamente al pié del monte Casino, vió correr hacia él á este oficial, que con aire inquieto y agitado le anunció que su padre acababa de recibir la orden del ministro para que se le arrestase y condujese á Nápoles, y que habia colocado ya cuatro centinelas en la puerta de su alojamiento, los cuales debian apoderarse de su persona tan pronto como entrase.

—Bien, no entraré, exclamó Collet, que comprendió al momento lo peligroso que era para él este arresto.

—¿Pues qué vais á hacer? le preguntó el hijo del coronel.

—Salir ahora mismo, ir al seno de mi noble familia y enviar á mi padre para que indague el motivo de una orden tan extraordinaria.

—El coronel jamás ha querido explicarse acerca de este particular. Me ha prohibido el que os lo prevenga; pero he despreciado su prohibicion, por que soy vuestro deudor, y desgraciadamente no puedo reembolsaros hoy; pero vengo á suplicaros que acepteis mi billete, pues os doy mi palabra de honor de pagar al vencimiento.

—Billetes entre gente de honor como nosotros... ¡disparate...! Ayudadme mas bien á encontrar un caballo de posta, y referid mi ausencia á vuestro padre de modo que tenga tiempo para llegar á mi familia.

—Con mucho gusto. Vamos á la posta: yo haré que os den un caballo bajo mi nombre.

—Muy bien.

—¿Pero no dudais del motivo de vuestro arresto?

—No; yo no lo ignoro. Es una intriga palaciega entre el ministro y mi familia que se estrella contra mí: pero paciencia: el ministro no sabe con quien trata, y antes de ochodias será destituido... yo os doy mi palabra de honor.

Llegados ya á la posta, obtuvieron facilmente el caballo que pedían, y despues de haber abrazado á su amigo, se lanzó Collet á galope fuera de las puertas de la ciudad. A pocas leguas de allí, retrocedió y cambió de itinerario. En Cápua hizo la compra de una silla de posta y continuó su camino hasta Roma. Allí supo el naufragio del capitán Tolosant por los papeles publicos, y sabia que habia regresado á Francia. La conversacion del abate que habia escuchado le sugirió la idea de hacer el papel de capitán. Necesitaba un nombre, un estado y una familia, y tomó el nombre, el estado y la familia que le ofreció la casualidad; y siempre consecuente en su sistema, se escudó con la proteccion y la complicidad del tío de Napoleon.

Tal era el hombre que hemos dejado en su aposento riendo á carcajadas del éxito de su astucia. Por algunos instantes se entregó á este acceso de alegría; reflexionó despues sobre su situacion, que de un momento á otro podia hacerse critica. El ministro de Nápoles por un lado le podia descubrir sus huellas, y por otro podían llegar noticias del verdadero capitán Tolosant. Dejó de sonreírse y examinó á sangre fria su posicion. Lo mas prudente era dejar el país al momento, á la sombra de la proteccion del cardenal; pero Collet no era hombre, para dejarse escapar la admirable situacion que se habia sabido crear, sin aprovecharse mucho de ella. Por lo tanto, confiando en su estrella y especialmente en su destreza en el momento del peligro, resolvió continuar su papel hasta el fin. Al principio tuvo ya cuidado de dejarse ver por todas partes en el acompañamiento del cardenal Fesch, y de hacerse notar. Manifestó al abate Fauh el deseo que tenia de regresar á Francia lo mas pronto posible, para arreglar las cuentas con sus armadores. Solicitó al mismo tiempo el conocimiento de algunos banqueros, con quienes pudiese hacer negocios. El abate Fauh le indicó el del cardenal, quien al dia siguiente se dirigió á su casa. Collet le comunicó diferentes proyectos que concernian mas bien al comercio que al banco. Esto era tambien lo que queria Collet. Le era mas fácil alucinar á simples comerciantes, que á hombres de la alta administracion. Muy pronto se vió rodeado de gentes que solicitaban la ventaja de hacer negocios con un amigo del cardenal. Collet sacó de esto todo el partido posible con su audacia y su habitual astucia. Los mas comprometidos, por haber adelantado dinero, fueron MM. Tortonía, Alfieri y Gasparini. Collet llegó á estafarles una suma de 100,000 francos. No bien la hubo tomado, cuando trató salir á todo trance de Roma, siempre bajo el pretexto de su regreso á Francia; pero el abate Fauh le aconsejó que suspendiese por algunos dias su viaje, á fin de acompañar á tres religiosas que el cardenal enviaba para fundar allí un convento; debian ir acompañadas de un carmelita, el padre Polliard, encargado de conducir las á su destino. Collet no quiso negarse á tan bella ocasion de economizar sus gastos de viaje y de hacerlo con toda seguridad, y esperó con paciencia. Se dedicó, durante el tiempo que le quedaba de estar en Roma, á un trabajo, del que debia aprovecharse para lo sucesivo. No dejó el gabinete del cardenal y se puso al corriente de todas las fórmulas sacerdotales; bulas, modelos de cartas evangélicas, nombramientos de obispos, etc, cuya mayor parte copió bajo pretexto de no querer ignorar nada. Por último, llegó el dia de la

salida y se puso en camino con las tres religiosas y el padre Polliard, lleno de regalos del cardenal Fesch é inundado con las lágrimas del abate Fauh.

El viage fué encantador. Collet lo amenizó con sus buenas palabras y con las relaciones extraordinarias que hacia de sus lejanas escursiones como capitán de navio, que el padre Polliard y las religiosas creían como si fuese el Evangelio. Este último le había manifestado grande amistad, y no cesaba de admirar á este hombre que sabía acompañar á su alegría natural una fingida piedad, digna de servir de ejemplo á todo el mundo. Collet exigió que se detuviesen en Vitervo, á fin de ir devotamente en peregrinación á Santa Rosa. Suspendió en las bóvedas de la capilla, como un voto una piel de oso, que pretendía haber muerto en los mares glaciales. Comió en Florencia entre dos arzobispos, el de esta ciudad, y el famoso de Bernis, arzobispo de Alby. Representó con tal perfección su papel, que después de la comida, fueron los dos prelados en busca de Polliard y lo cumplieron por su compañero de viage.

—Este es un santo, decía el arzobispo de Florencia.— Este es el hombre mas espiritual que he encontrado, decía monseñor de Bernis: él hará su carrera. Por último llegaron á Milan donde hicieron un descanso de algunos días. En esta ciudad debía el padre Polliard recibir noticias de Roma. En efecto, entregáronle una carta del abate Fauh. Al empezar á leerla frunció las cejas: Collet que estaba en frente de él, conociendo este movimiento, creyó que todo lo concerniente á él estaba descubierto. Sin embargo, no era así. La carta se dirigía á otra cosa; pero el momento de ansiedad y de temor que había experimentado Collet fué para él como una revelación y le hizo conocer la necesidad de tomar sus precauciones para lo sucesivo. Así es que desde aquel día tuvo cuidado de ir él mismo á la posta y de abrir con anticipación las cartas que venían de Roma, las cuales se le entregaban sin dificultad en nombre del padre Polliard. En Turin encontró la que tanto temía, la cual era del abate Fauh, que informado de todo por el ministro de Nápoles, recomendaba al padre Polliard que hiciese arrestar al momento al falso Tolosant y que lo remitiese á la justicia para bien y honor de la casa del cardenal Fesch. Como se cree con mucha razón, esta carta no llegó á manos de quien espresaba el sobre; pero no era este el único escrito del abate Fauh. Una dama que él conocía en Turin y á la que el padre Polliard había sido recomendado, recibió otra igual; y mientras que Collet meditaba en su aposento el partido que debía tomar, abrieron bruscamente la puerta, apareció el padre Polliard, y con una voz severa hizo esta pregunta á Collet:

—¿Conoceis al ministro de la guerra en Nápoles?

Sorprendido Collet al principio, se recobró al momento y respondió con una voz apacible é indiferente:

—No, padre mio, no le conozco.

—Sin embargo, esta carta escrita por el abate Fauh á madama P...., y que anuncia otra para mí mucho mas detallada, dice positivamente que conoceis á este alto personaje, y que os imputa cosas....

—¿Qué cosas?... hablad, explicáos.... que yo pueda á lo menos disculparme, si se me calumnia, exclamó con entereza Collet, que había recobrado toda su sangre fría.

—No se habla de hechos positivos: refiérense á la carta que me ha sido escrita y que todavía no he recibido, ignorando por qué: pero se os trata de miserable y de infame: se habla de arresto y de galeras....

—¿De galeras! repuso Collet, que hizo un movimiento que el padre Polliard atribuyó á indignación y que inspiraba el temor solamente. Galeras!... ¡Ah! el señor ministro de la guerra quiere divertirse conmigo.... pero yo hablaré, diré, y revelaré todo.

—Esto es lo que yo os pido: hablad.

—No puedo, respondió Collet, que todavía no había encontrado un efugio que le sacase de aquel embarazo: no

puedo, un juramento sagrado hecho sobre un crucifijo, me liga para siempre, y conoceis demasiado mis sentimientos religiosos para creer que consienta en cometer un sacrilegio.... Y sin embargo, si pudiese hablar.... soy tal vez culpable de imprudencia, padre mio, pero desde el tiempo que me veis todos los días, ¿habéis presumido que un hombre pudiese disimular con tanta perfección, que se presenta á vuestra vista, como un hombre honrado, mientras que solo es un miserable?

—Esta idea me afligiría sin duda, dice el padre Polliard, ya conmovido; pero se me anuncian órdenes, y yo las debo ejecutar. Sino sois culpable, como yo me complazco en creerlo, probareis facilmente vuestra inocencia, y obtendréis una brillante reparacion; pero en el interin, me veo precisado á hacer que se os ponga en seguridad.

A estas palabras se dirigió hacia la puerta. Collet vió que todo estaba perdido para él si se dejaba conducir á la cárcel, y por un movimiento espontáneo, se puso de rodillas, se agarró á la ropa del carmelita y exclamó.

—Padre mio, yo no os pido gracia, sino que imploro de vos un socorro que es un deber en vuestro santo ministerio.



No me dirijo al hombre encargado de hacerme arrestar: hablo al ministro de Dios, y le suplico que me escuche en el tribunal de la penitencia.

Sorprendido con este apóstrofe el padre Polliard, se detuvo y lo miró con compasión. Collet, siempre de rodillas continuó tambien con la cabeza inclinada.

—He cometido grandes faltas, soy un gran pecador; pero la misericordia de Dios es infinita, y pues que no puedo

sin un sacrilegio revelar á un hombre lo que me debe absolver á sus ojos, que yo confíe á lo menos al sacerdote la causa de mi desgracia bajo el secreto de la confesion: el sacerdote si quiere, nada de esto revelará al hombre.

Seducido el padre Polliard con estas palabras, se sentó con un aire de alegría, y dió principio la confesion de Collet.

Cual fué la fábula que Collet inventó para justificarse, es lo que siempre se ha ignorado, no habiéndola dicho jamás este último, y no pudiendo el padre Polliard revelar cosa alguna del secreto de la confesion. Sea lo que quiera, el penitente dispuso sin duda las cosas de modo que solo apareciese como un imprudente, y bajo el prestigio del tribunal de la penitencia, hizo creer al confesor todo cuanto quiso, pues se desprendían de los ojos del padre Polliard lágrimas sinceras, mientras que Collet refería sus faltas.

El buen sacerdote le aplicó un largo sermón, y así que hubo concluido, lo bendijo como es costumbre al fin de la confesion, y le hizo seña de que se levantase; pero Collet insistió en quedar de rodillas y le dijo con un tono muy contrito.

—¿Y ahora, la mano del que acaba de bendecirme en nombre de Dios, me perderá en nombre de los hombres?

—Partid al momento, dice el padre Polliard, levantándolo. Lo que me habeis dicho debe ser verdad, por que lo habeis declarado delante de Dios. Sois mas imprudente que culpable. No sigais el mismo camino que vamos á emprender: dejad ese nombre de Tolosant que no os pertenece, no cometais faltas semejantes, y que Dios os guíe.

Collet no esperó á que se lo repitiese. Tomó muy pronto sus disposiciones, y una hora despues, galopaba por el camino de Mondovi en una excelente silla de posta, y habiendo llegado al primer relevo, soltó aquella carcajada de risa que le era habitual cuando se libraba de un peligro ó cuando terminaba un buen negocio.

Dos meses despues, solo se hablaba en Mondovi de las deliciosas suarés que daba el baron de... gran señor alemán, amante apasionado de las artes, protector de los artistas: habia resucitado en aquellos tiempos de guerra y de conquistas aquellas hermosas épocas en que la nobleza creia un deber el socorrer y fomentar el talento, tratándolo como á su igual. Hacia de cuando en cuando pequeños versos que principiaban á circular por las callejuelas. Las mugeres á quienes se dedicaban se creian felices, y se engreian de haber inspirado su musa. Poseia aquella galanteria de otros tiempos que encantaba al bello sexo. Se le proponia como modelo á todos los jóvenes de Mondovi que formaban al rededor suyo una especie de corte. Repetíanse sus palabras, se copiaba su tocador, y se imitaban sus maneras. Era un grande obsequio ser admitido en sus suarés, especialmente en aquellos de confianza en los que deseaba referir uno de sus viages, pues Mr. el baron habia viajado mucho, ó bien lanzarse en una conversacion familiar, cuyas palabras por su agudeza merecian imprimirse. Aquella tarde era una solemnidad en su palacio. Cincuenta personas elegidas concurrían á la lectura de una comedia de costumbres que Mr. el baron se habia dignado componer. El héroe de esta pieza era cierto estafador del gran mundo que hacia caer en sus redes á todos aquellos á quienes se dirigia. La accion pasaba en nuestros dias, y era bastante caprichosa la eleccion de los personajes. Estos eran un obispo, un cura, un hermano ignorantino, un general, un cómicario de guerra y un asentista. La comedia abundaba en ingenio y agudezas. Los medios empleados por el estafador eran tan hábiles como nuevos. La asamblea hizo una exclamacion por el talento desplegado en esta obra y aseguró á una voz á Mr. el baron que habia nacido autor dramático.

—Que lástima, exclamó una joven muy bonita marquesa á la que Mr. el baron habia dedicado por la mañana un galante madrigal, que lástima que no tengamos en Mondovi una compañía cómica para ver representar la comedia del baron!

—Ciertamente, exclamó la asamblea á una voz.

—¿El señor alcalde no podria proporcionarnos este placer? dijo un antiguo caballero de Malta.

El alcalde que se hallaba presente se apresuró á responder:

—Los últimos cómicos que vinieron aqui eran tan malos que el ayuntamiento no quiere ya prestar su sala á semejantes saltimbanquis y ha determinado que solo sirva para enseñar fieras.

—Sin duda, añadió con un aire grave un individuo del consejo municipal: esto es mas conveniente que aquellos actores que convierten las salas en tablados. Por otra parte, el Señor baron jamás hubiera consentido en entregar su comedia á semejantes intérpretes. Para espresar bien su pensamiento se necesitan los Fleury, los Dugazon y los Contat: fuera de esto no veo nadie digno de recitar semejante prosa.

—Os engañais, mi querido señor dice Mr. el baron: hay actores que yo preferiria aun á los citados.

—¿Y cuáles? exclamaron de todas partes.

—Todos los que aqui estais presentes, señores y señoras, si quereis hacerme el honor de representar mi comedia.

—¿Una comedia casera, dice la linda marquesa. Oh! esto seria maravilloso!... Una comedia casera!...

—Yo me ofrezco á ser el director, si el señor alcalde tiene á bien concederme este privilegio, si los señores actores se empeñan en no manifestar demasiado amor propio en la eleccion de los papeles, si las señoras actrices no se niegan á representar los que pasen de veinte años, y si los señores del consejo municipal nos creen dignos de reemplazar á los animales del corral.

—Ciertamente, dice el municipal procurando darse importancia.

—En este caso, replicó el baron, y para mas seguridad, dignaos aceptar el papel de obispo.

—Señor, es demasiado honor el que me haceis, yo procuraré desempeñarlo de modo que quedeis satisfecho.

—Teneis ya la parte fisica; grueso, pequeño y rechoncho, lo que no es de despreciar. El señor caballero de Malta desempeñará el de cura, y el señor alcalde el de hermano ignorantino.

—Yo, dice el alcalde sonrojado por el papel que se le proponia, no sé si es conveniente que un hombre como yo...

—Un hombre como vos en ninguna parte está fuera de su lugar aun en los hermanos ignorantinos.

—Sois muy amable... pero señor baron, ¿qué papel os reservais en vuestra comedia?

—El mas desagradable y el mas difícil de representar: el estafador.

—¡Ah! estareis chistoso.

—Lo haré lo mejor que pueda, y con tal que lo desempeñe al natural, todo irá bien. Pero no debemos limitarnos á representar mi comedia; es preciso todo un espectáculo, es menester que estas damas se hagan tambien nuestras compañeras representando con nosotros.

—Esto es lo que yo iba á pedir, dice, haciendo carantoñas la linda marquesa.

—Muy bien, está convenido, dice el baron: ustedes señoras son dueñas de elegir las piezas que quieran representar; y nosotros, señores, debemos hacer el gasto de los placeres de estas damas. Vamos á fijar la retribucion. Nosotros somos treinta: yo creo que quinientos francos cada uno....

—Adoptado, exclamaron todas las damas.

—Yo propongo ademas que el señor alcalde sea nuestro cajero.

—Adoptado, exclamaron tambien.

—¿Pero qué he de hacer de todo este dinero? dice el alcalde: ¿en qué lo he de emplear?

—Yo me encargo de guiáros en punto á esto, dice Mr. el baron. Primero la compra de trages: porque yo no supongo que nadie consienta aqui el traerlos alquilados.

—¡Vaya! exclamó la marquesa, que se veía adornada de un vestido delicioso á la Pompadour.

—Respecto de que yo he profundizado la ciencia de los trages, pido que se me encargue, en union con el señor alcalde, de las compras necesarias á fin de que todo sea fiel y de buen gusto.

—Esto es sin decirnos si quereis tomaros esta incomodidad.

—Yo pasaré á Génova con el señor alcalde tan pronto como sea tiempo y allí procuraré hacer á mi vista todos los trages. No es esta la parte menos esencial; porque, ya sabeis que muchas veces el traje forma la mitad del talento del actor.

—Muy bien; sea así, dice el municipal; ¿pero me prometeis elegir el mio rico y brillante?

—Esta es mi intencion: podeis confiar en mí.

—Pero yo conservo añadido el alcalde, todavia un escrúpulo: temo que el presentarme como hermano ignorantino á la vista de mis administrados....

—Señor alcalde, dice el baron, con una voz grave, Luis XIV ha representado la comedia en Versalles, y Napoleon el grande por poco no la ha representado en la Malmaison.

—Desde el momento que estos dos grandes hombres han hecho esto, dice el alcalde, no vacilo en tomar parte.

En este momento anunciaron los criados que la cena se hallaba en la mesa: el baron ofreció la mano á la marquesa y pasaron al comedor. La conversacion giró únicamente sobre la comedia casera. Escogieron las piezas, se hizo el reglamento, se adoptó la retribucion de quinientos francos, y algunos dias despues solo se hablaba en la ciudad de la actividad de las repeticiones de la comedia de Mr. el baron, de su modo de indicar los papeles y de hacerlos poner en escena. Muy pronto aparecieron las cosas bastante adelantadas para pensar en los trages: á este punto se dirigian especialmente todas las recomendaciones del baron. Hizo primero un trabajo preliminar con todos los actores, comentó y discutió segun lo fisico y la talla y se dirigió despues á Génova con el alcalde, cajero de la sociedad, que debia pagar todos los gastos. El baron hizo las cosas como gran señor. Mandó hacer trages de una riqueza y de una profusion tal, que el alcalde quedó admirado: intentó hacerle algunas observaciones acerca de este particular.

—Me parece, le dijo una dia, que un solo traje de obispo es suficiente.

—Estais en un error, señor alcalde, respondió el baron. En mi comedia se presenta el obispo, primero en traje de camino. Llega y le basta la sotana de violeta; pero en la escena siguiente está preparado para salir de gran ceremonia y necesita todos los accesorios de su dignidad: el cingulo de bellotas de oro, los guantes bordados, la cruz pastoral y el anillo pascual. Esto es indispensable para el éxito de mi comedia; y por otra parte, os acordareis, que he prometido al municipal, que su traje seria magnifico.

—Es verdad. Pero solo teneis en vuestra comedia un general de brigada, y habeis hecho hacer dos trages de generales en jefe.

—Así es. La última noche he cambiado una escena en mi comedia y he pensado que seria mas picante hacer nombrar en el entreacto del primero al segundo á mi general de brigada general en jefe. ¿Qué os parece de esto?

—Yo pienso que esto nos costará dos mil francos mas.

—Y yo creo que mi comedia no puede menos de ganar. La escena que he añadido para anunciar que el general ha sido promovido á esta dignidad es del mayor efecto. ¿Quereis que os la lea?

—Es inútil, yo me fio de vos; y pues no ha de ser de otro modo, podriamos disminuir cuando menos algo de las compras que quereis hacer. Pensadlo: hay decoraciones de oficiales, de comandadores, de la grande águila de la legion de honor con las placas, una de ellas para el

arzobispo: despues las órdenes de la reunion, las de la espuela dorada, de la corona de hierro, &c. &c.

—Pedidme que suprima todo cuanto querais, no siendo ninguna de estas decoraciones, porque todas son indispensables. Y mi retazo satirico acerca del abuso de las cintas que se distribuyen á diestro y siniestro, ¿qué efecto quereis que produzca si no las llevan todos?

—En cuanto á las cintas, estamos de acuerdo: no me opongo..... pongamos las cintas; pero suprimamos las cruces que cuestan mas caras.

—Las cruces!..... las cruces!..... Al contrario esto es lo que vá á dar á mi comedia la fisonomia y el interés que se desea. Sin el aspecto pintoresco de este círculo esmaltado que seduce la vista, ¿cómo habia de hacer para que aceptasen nuestros sócios sus papeles casi mudos, que cada uno debe representar? mientras que prometiendo á uno el cordon rojo sobre su chaleco blanco, á otro el escudo sobre su traje negro, á este la corona de hierro, y á aquel la espuela dorada..... esto lisongea el amor propio: se creen realmente condecorados mientras dura el espectáculo y no se atreven á rehusar los papeles que se les confian. Vea vd., mi apreciable señor, la corte y el teatro se gobiernan del mismo modo, y los cordones y las cruces encadenan á todos los cómicos.

—No tendremos bastante dinero para pagar todo esto.

—Muy bien, adelantareis lo que falte, y á nuestro regreso á Mondovi hareis que se os reembolse por los sócios.

—Las cosas se verificaron como el baron lo habia dicho: liados los trages con el mayor cuidado, los hizo llevar en un carreton, ajustó él mismo el transporte y salió con el alcalde para Mondovi, á donde ambos debian llegar antes que los bagages de la compañía. Apenas entraron en la ciudad, todos los actores le preguntaron por sus trages y manifestaron deseo de verlos. El baron respondió que no tardarian en llegar, y dispuso para el dia que los esperaban un ensayo general en que cada actor debia ponerse el suyo. Llegado el dia, no parecian los trages, lo cual disgustó algun tanto al baron. Se apresuró á tranquilizar á todo el mundo sobre esta tardanza y por la tarde tuvo el ensayo general de la manera mas solemne. Sin embargo el baron se hallaba impaciente y de mal humor: manifestó muchas veces su inquietud, hizo principiar de nuevo, y contra su costumbre apareció con una tristeza estremada. La marquesa no pudo conseguir que se quedase á la cena que se habia preparado: se retiró muy temprano bajo el pretexto de que se habia agravado su indisposicion. Volvió á entrar en su casa, se encerró solo en su cuarto y prohibió á sus gentes el que entrasen por la mañana antes que él las llamase. Al dia siguiente eran mas de las diez y no se habia oido todavia ningun ruido en el cuarto de Mr. el baron. Sus criados esperaban en la antecámara que tocara la campanilla que debia prevenirlos, y no se atrevian á hacer el mas pequeño ruido. Muchas personas habian venido á informarse de la salud de Mr. el baron y los criados les habian respondido que todavia estaba durmiendo. Por último hacia el mediodia instados por las personas que esperaban á que despertase su amo, é impacientes ellos mismos con un sueño que se prolongaba en extremo, se aventuraron á tocar ligeramente su puerta: no tuvieron respuesta: tocaron mas fuerte y seguia el mismo silencio: intentaron tirar la puerta pero estaban echados los cerrojos por dentro. Entonces se apoderaron de los concurrentes los pensamientos mas siniestros. El baron se hallaba indispuerto á punto de no poder responder; tal vez habia muerto de un ataque de apoplegia, ó tal vez se habia suicidado!

—¡Qué desgracia! exclamó la joven marquesa á esta última suposicion: y nuestra comedia casera! ¿cómo la vamos á hacer?

—El que ha trazado el papel de obispo, que yo debo re-

presentar, tiene demasiada religion para haberse suicidado.

— Pero tal vez está muerto, replicó la marquesa, y es lo mismo.

— Ciertamente le ha sucedido alguna cosa, dice el caballero de Malta: si no respondiese, propongo que se rompa esta puerta para saber lo que es de él.

— Esta es mi opinion tambien, dice el alcalde, y como magistrado, mi deber es hacer que se abra á la fuerza este cuarto.

Con esta orden, acudieron los criados con los instrumentos necesarios, mientras que cada uno de los concurrentes hacia sus conjeturas y procuraba adivinar anticipadamente lo que podia haber sucedido. Muy pronto cedieron las puertas y entrando primero el alcalde, exclamó:

— Vamos pues á descubrir este misterio!

Se precipitó en el cuarto: los postigos estaban cerrados... se apresuró á abrirlos, y tan pronto como penetró la luz, todas las miradas se fijaron en la cama que estaba vacía y ni siquiera se habia deshecho. Abriéronse los armarios y tambien estaban vacíos. Se miró por todas partes, se registraron todos los rincones, y no se encontró ni una señal que indicase que este cuarto hubiese estado jamás habitado. Por último la marquesa reparó sobre un velador una gran carta cerrada y se la enseñó al alcalde que la tomó al momento, la cual tenia el siguiente sobre.

«A los señores actores y á las señoras actrices de la comedia casera de Mondovi.»

Todo el mundo se apiñó al rededor del alcalde que se puso con mucha lentitud sus anteojos, mientras estaban todos impacientes, y leyó lo que sigue con una voz exánime.

«Mis queridos compañeros de todos sexos:

«No he tenido espíritu para comunicaros el proyecto que he concebido hace algunos dias. Necesito mucho valor para ejecutarlo; pero espero por último que tendré bastante energía para ello, y está tomado mi partido para concluirlo esta misma noche.»

A estas palabras se cayó de las manos del alcalde el papel y dió un gran suspiro.

— ¡Ha ido á suicidarse!... ya me lo sospechaba.

— ¡Qué lastima! dice el caballero de Malta, un hombre de tan buen vivir!

— ¡Un protector tan amante de los artistas!

— ¡Un autor dramático tan distinguido!

— ¡Un genio!

— ¡Un hombre tan rico!

— ¡De tanta probidad!

— ¡Tan honrado!

— ¡Tan galante! añadió la marquesa, recogiendo la carta.

— Pero veamos á lo menos lo que nos ha escrito en sus últimos momentos. — Y continuó la lectura de la carta desde el parage en que el alcalde lo habia dejado.

«Todos sois unos imbéciles y yo el primero por haber podido pensar que estabais en estado de representar mi comedia.»

A esta frase cayó tambien el papel de las manos de la marquesa, y todos se miraron con admiracion, no atreviéndose á creer lo que acababan de oír; pero habiendo el caballero de Malta levantado á su vez la carta, volvió á leer en alta é inteligible voz la frase que causaba tanto rumor y acabó de leerla, la cual terminaba de este modo.

«Sabré suicidarme antes que consentir en semejante farsa, por que vosotros sois tan malos unos como otros, yo os doy mi palabra de honor. *Los Fleuri, los Dugazon y los Contat, son los únicos que pueden traducir mi pensamiento*, como lo ha dicho muy oportunamente uno de vosotros. No llevareis á mal, que huyendo del suplicio de la ejecución que me preparais, acuda á estos dignos intérpretes y desaparezca de Mondovi sin preveniros, para evitar despedidas demasiado penosas.

Marcho pues, mis queridos compañeros, convencido de que vosotros mismos aprobareis la delicadeza de mi modo de conducirme, y que tendreis piedad como yo de los pobres

animales, cuyo lugar habeis usurpado y del pobre público que no os ha hecho ningun daño.

«El baron de....»

La lectura de esta carta escitó una indignacion general y una turbacion imposible de describir. Se amenazaba, se exclamaba y se ponian todos furiosos: fraguábanse mil proyectos de venganza, sin ejecutarse ninguno. Las mujeres, especialmente la marquesa, estaban furiosas y escitaban á los hombres. De repente exclamó el consejero municipal:

— ¡Y nuestros trages?...

Todo el mundo repitió esta pregunta al alcalde, el cual respondió que el baron solo los habia hecho transportar en un carreton y los habia despachado: desde entonces no hubo ya duda de que los habia llevado con él. Prodigáronse los epitetos de estafador, de ladron y de salteador. El alcalde juró que lo haria arrestar en el camino de Francia, y envió al momento á la gendarmeria tras de él; pero el baron llevaba quince horas de ventaja, y se habia guardado bien de tomar el camino que designaba. La gendarmeria se fatigó por sus marchas forzadas, los cómicos caseros por sus gastos sin contar los de memoria, y la sala de espectáculo maldecida de nuevo por el ayuntamiento, llegó á ser otra vez el asilo de las fieras ambulantes.

Collet, á quien sin duda se ha reconocido en el baron de.... acababa de hacer una de sus mejores jugadas. Con el dinero de los demas y sin escitar sospechas, habia tenido la habilidad de hacerse un guardarropa propio para representar los papeles que habia concebido. Todos los llenó con tanta verdad como destreza. Unicamente tomó este gran cómico por teatro la escena del mundo, por camaradas á los incautos que supo seducir, y por público la sociedad, á la cual hizo pagar caras las localidades con retetas forzadas. Habia adquirido sus *instrumentos de trabajo*, solo le faltaba dedicarse á la ejecucion de la obra; principiò al momento. Mientras que los gendarmes corrian tras él por otro camino, viajaba á mas de á paso por el de Domo d' Oscella en traje de general de brigada (que era el primero que habia escogido en su guardarropa) y el aire altivo y marcial correspondia por un saludo militar á todas las señales de respeto que se daban á sus grandes charreteras. Habiendo llegado á esta ciudad se dió á conocer en efecto por un militar de graduacion, cuyas insignias llevaba, que venia á restablecerse en este hermoso clima, de las heridas de que estaba convaleciente. Envió á llamar al comisario de guerra, le enseñó la hoja de camino que él habia hecho, y se ligó estrechamente con él. Hizo tambien íntima amistad con el alcalde, y espió el momento de robarle en su gabinete unos treinta impresos que podria llenar á su gusto. Desde este momento se tranquilizó. Tenia trages, tuvo pasaportes. Desapareció al instante y solo se le encuentra en la pequeña ciudad de San Pedro, parroquia situada al otro lado del Simphon, de la cual habia ya conseguido hacerse nombrar cura. Hacía cinco meses que ejercia todas las funciones con una esactitud ejemplar. Se habia anunciado como un sacerdote napolitano muy rico, desterrado por haber proferido algunas palabras contra José Bonaparte. Esta situacion le habia grangeado el interés de su obispo y de todo el clero. Era amado y respetado en su parroquia como el mas venerable sacerdote de la diócesis, y no habia ningun habitante que no tuviese en él la confianza mas íntima. He aquí como la justificó Collet.

Su presbiterio era una especie de palacio, donde él se hallaba muy á gusto, mientras que la iglesia se estaba arruinando. Concibió el proyecto de hacerla reedificar. Predicó al principio un sermón á sus parroquianos acerca de este objeto é hizo hacer despues una cuestacion que fué muy abundante. Recorrió las parroquias inmediatas pidiendo tambien para su iglesia, y estas sumas, juntas á las que habia destinado la fabrica para este objeto, ascendieron muy pronto á 30,000 francos; pero no cubrian ni con

mucho los gastos para la reedificación de la iglesia. El cura que no quería renunciar á su proyecto reunió un día á comer en su casa á todos los individuos de la fábrica, incluso el alcalde y allí les dirigió el discurso siguiente:

«Señores,

«Habeis sido testigos del celo que he desplegado para escitar á la piedad á los fieles que podian contribuir con su dinero á reedificar nuestra iglesia. Si mis esfuerzos no han sido enteramente inútiles, han debido al menos ser insuficientes. Solo hemos podido reunir, contando con los fondos de la fábrica, la escasa suma de 50,000 francos, y las cuentas de los arquitectos ascienden á mas de 100,000: yo he pensado mucho tiempo en los medios de obviar este inconveniente, y Dios me ha inspirado para esto el pensamiento que os voy á comunicar. Desterrado de mi país por una política injusta y falaz, pero que debo perdonar por mi carácter de cristiano y de sacerdote, he sido acogido por vosotros como uno de vuestros hijos: esta tierra se ha hecho para mí como una segunda patria: yo quiero vivir y morir aquí: los fieles son todos hijos míos, y como buen padre debo dejarles mi herencia. He perdido mi antigua fortuna, y sin embargo, me queda todavía una suma, que unida á los 50,000 francos será suficiente para hacer reedificar una iglesia digna de vosotros y de mí. ¿Queréis concederme el permiso de hacerla?

Por todas partes salieron gritos de admiración y de alegría, todos lloraron de ternura, y el cura conmovido en medio de la emoción general, continuó en estos términos.

«Solo pongo una condicion y es que se levantará detrás del altar mayor una capilla consagrada á mi santo patron, en la cual se enterrarán mis despojos mortales, á fin de que despues de mi muerte, mi cuerpo así como mi alma, esté con vosotros.»

Esta nueva proposicion redobló el entusiasmo y el en-

ternecimiento de los señores de la fábrica, y habiéndose levantado el cura volvió á la mesa llevando 50,000 francos que presentó á la vista de sus convidados.

«He aquí los primeros fondos les dijo: consentid en poner en mis manos los 50,000 francos de que puede disponer la fábrica, y si mis proposiciones os gustan, venderé las demoliciones de la iglesia, y yo me encargo de levantar una por los planos aprobados por nosotros.»

Los individuos de la fábrica no podian disimular la alegría: el cajero fué interin la sesion á buscar los 50,000 francos y los puso en manos del cura, que los reunió delante de ellos á los 50,000, despues de haber firmado la obligacion que acababa de contraer.

Desde el día siguiente, cuantos obreros se pudieron encontrar, trabajaron en la demolición de la iglesia. El cura vendió los materiales á buen precio en presencia de la junta de la fábrica, contrató la construcción en piedra de sillería, y se emprendió el trabajo al momento. El cura apresuró los primeros trabajos con su presencia, dobló muchas veces los jornales para animar á los obreros y deseando en su piadosa impaciencia hacer marchar todo á la vez, quiso, mientras echaban los fundamentos del nuevo edificio, hacer fuera las compras necesarias para el adorno de la iglesia, como cuadros, candelabros, altares de marmol, tabernáculos, &c. Por consecuencia, salió con el alcalde y su hijo para la ciudad inmediata, en donde hizo todas estas compras, que remitió con el alcalde, quedando solo en la ciudad con su hijo para arreglar las cuentas. Al día siguiente fingió un negocio que debía detenerle algunos días y se decidió á enviar al hijo del alcalde con una carta para su padre, en la cual le anunciaba su inesperada detención. Al otro día dejó la ciudad sin haber pagado nada, habiendo aumentado su caudal con los 50,000 francos de la fábrica y los 20,000 de los materiales.

Tales son los recuerdos sacerdotales que Collet dejó en su curato de San Pedro.

